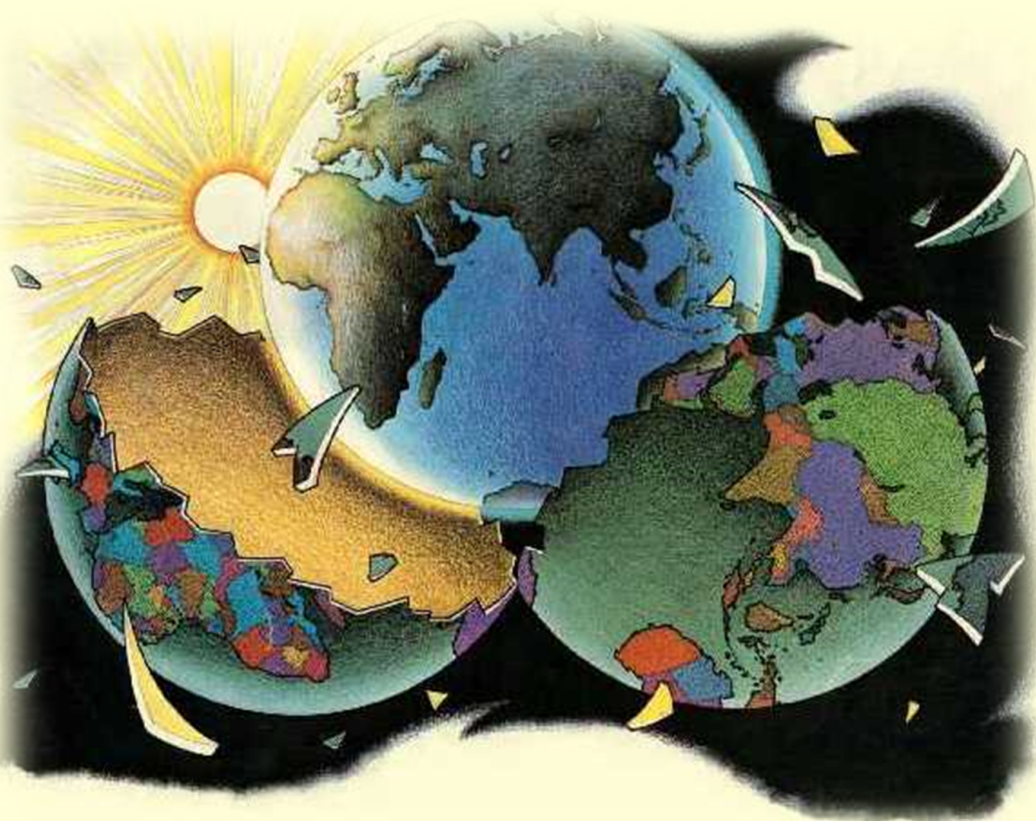


# Desenvolvimiento *de la* Civilización Mundial



SHOGHI EFFENDI



---

# DESENVOLVIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN MUNDIAL

---

**SHOGHI EFFENDI**



[WWW.OYEE.ORG](http://WWW.OYEE.ORG)

Título original en inglés: *The Unfoldment of World Civilization*, 1936

Traducción española del Panel Internacional de Traducción Bahá'í, el 15 de agosto de 2008, con corrección de erratas al 15 de enero de 2009 y al 22 de agosto de 2016, de un documento proveniente de Bahá'í Reference Library ubicado en [bahai.org/library](http://bahai.org/library). Se permite utilizar su contenido con sujeción a las condiciones de uso que se encuentran en [www.bahai.org/legal](http://www.bahai.org/legal).

*El Desarrollo de la Civilización Mundial* es la última de siete cartas incluidas originalmente en *El Orden Mundial de Bahá'u'lláh*. Se publica por separado en castellano debido a su tamaño y la autosuficiencia de su temática, que incluye: Mayoría de edad de la humanidad.- El proceso de integración.- La consumación final.- Dolores de muerte y de nacimiento.- La efervescencia generalizada.- Esta era de transición.- El colapso del islam.- El deterioro de las instituciones cristianas.- Signos de ruina moral.- El colapso de la estructura política y económica.- El principio de seguridad colectiva de Bahá'u'lláh.- La Comunidad del Más Grande Nombre.- Una religión mundial.- El castigo divino.- La unidad mundial es la meta.

Pide el libro físico a su Asamblea Espiritual Local o Nacional, o a <https://editorialbahai.com/product/el-desenvolvimiento-de-la-civilizacion-mundial/>

Busca más libros digitales gratuitos y contribuye al proyecto en [www.oyee.org](http://www.oyee.org). En las FAQ se indica cómo leer un libro electrónico o escuchar un audiolibro en varios dispositivos digitales.

---

# ÍNDICE

---

|  |    |
|--|----|
| Presentación   | 1  |
| 1. Mayoría de edad de la humanidad                     | 5  |
| 2. El proceso de integración                           | 8  |
| 3. La consumación final                                | 11 |
| 4. Dolores de muerte y de nacimiento                   | 13 |
| 5. La efervescencia generalizada                       | 16 |
| 6. Esta era de transición                              | 18 |
| 7. El colapso del islam                                | 20 |
| 8. El deterioro de las instituciones cristianas        | 29 |
| 9. Signos de ruina moral                               | 37 |
| 10. El colapso de la estructura política y económica   | 40 |
| 11. El principio de seguridad colectiva de Bahá'u'lláh | 44 |
| 12. La Comunidad del Más Grande Nombre                 | 49 |
| 13. Una religión mundial                               | 52 |
| 14. El castigo divino                                  | 58 |
| 15. La unidad mundial es la meta                       | 60 |



---

# PRESENTACIÓN

---

*A LOS AMADOS DE Dios y a las siervas del Misericordioso de todo el Occidente*

Amigos y coherederos de la gracia de Bahá'u'lláh:

Como copártcipe en la edificación del Nuevo Orden Mundial previsto por la mente de Bahá'u'lláh, y cuyas características distintivas ha descrito la pluma de 'Abdu'l-Bahá, su perfecto Arquitecto, me detengo a contemplar con ustedes la escena que despliega ante nosotros el transcurso de casi quince años desde su fallecimiento.

El contraste entre las crecientes evidencias de constante consolidación que acompañan el surgimiento del Orden Administrativo de la Fe de Dios y las fuerzas de desintegración que golpean la estructura de una sociedad fatigada es tan claro como impresionante. Tanto dentro del mundo bahá'í como fuera de él, crecen y se multiplican día a día los signos y pruebas que, de manera misteriosa, anuncian el nacimiento de ese Orden Mundial cuyo establecimiento debe señalar la Edad Dorada de la Causa de Dios. Cualquier observador imparcial no puede evitar distinguirlos. Tampoco puede ser inducido a error por la dolorosa lentitud que caracteriza el desenvolvimiento de la civilización que los seguidores de Bahá'u'lláh trabajan arduamente por establecer. Ni puede ser engañado por las efímeras manifestaciones de oleadas de prosperidad que

parecen por momentos ser capaces de detener la influencia destructiva de los crónicos males que afligen a las instituciones de una edad decadente. Las señales de los tiempos son demasiado numerosas y convincentes como para que se permita confundir su carácter o menospreciar su significación. Si es imparcial en su juicio, puede reconocer en la cadena de acontecimientos que, por un lado, proclaman la irresistible marcha de las instituciones directamente relacionadas con la Revelación de Bahá'u'lláh y, por otro, presagian la ruina de esos poderes y principados que, o bien la han desconocido o bien la han resistido, puede reconocer en todos ellos las evidencias de la acción de la penetrante Voluntad de Dios, la formación de Su perfectamente ordenado Plan que abarca al mundo.

*«Pronto –las propias palabras de Bahá'u'lláh así lo proclaman– el Orden actual será enrollado, y uno nuevo será desplegado en su lugar. Ciertamente, tu Señor habla la verdad, y es el Conocedor de lo invisible». «Por Mí mismo –declara solemnemente– se aproxima el día en que habremos enrollado el mundo y todo lo que hay en él, y habremos extendido un nuevo Orden en su lugar. Él, ciertamente, es potente sobre todas las cosas». «El equilibrio del mundo –explica– ha sido trastornado por la vibrante influencia de este más grande, este nuevo Orden Mundial. La vida ordenada de la humanidad ha sido revolucionada por medio de este Sistema único y maravilloso, nada semejante al cual jamás han presenciado ojos mortales». «Los signos de inminentes convulsiones y caos –advierte Él a los pueblos del mundo– pueden discernirse ahora, por cuanto el orden prevaleciente resulta ser deplorablemente defectuoso».*

¡Queridos amigos! Este Nuevo Orden Mundial, cuya promesa se atesora en la Revelación de Bahá'u'lláh, cuyos principios fundamentales han sido enunciados en los escritos del Centro de Su Alianza, implica nada menos que la completa unificación de la totalidad de la raza humana. Esta unificación ha de ajustarse a aquellos principios que armonicen directamente con el espíritu que anima y las leyes que gobiernan el funcionamiento de las instituciones que ya constituyen la base estructural del Orden Administrativo de Su Fe.

Ningún mecanismo que los esfuerzos colectivos de la humanidad pudiesen todavía idear y que no cumpla el patrón inculcado por la Revelación Bahá'í, o que esté en desacuerdo con el sublime modelo ordenado en Sus enseñanzas



tendrá esperanza de alcanzar nada más allá que esa «*Paz Menor*» a la cual el mismo Autor de nuestra Fe ha aludido en Sus escrituras. Aconsejando a los reyes y gobernantes de la tierra, les ha escrito: «*Ya que habéis rechazado la Más Grande Paz, aferraos a ésta, la Paz Menor, para que por ventura podáis mejorar en alguna medida vuestra propia condición y la de los que dependen de vosotros*». Explayándose sobre la Paz Menor, se dirige así, en esa misma Tabla, a los gobernantes de la tierra: «*Reconciliaos entre vosotros [...] para que no necesitéis más armamentos, salvo en la medida que fuere necesaria para resguardar vuestros territorios y dominios. [...] Estad unidos, oh reyes de la tierra, pues así será apaciguada la tempestad de la discordia entre vosotros y vuestros pueblos hallarán descanso, ojalá fuerais de los que comprenden. Si alguno de vosotros se levantara en armas contra otro, levantaos todos contra él, porque esto no es sino justicia manifiesta*».

La Más Grande Paz, por otra parte, tal como es concebida por Bahá'u'lláh —una paz que deberá derivarse inevitablemente como consecuencia práctica de la espiritualización del mundo y la fusión de todas sus razas, credos, clases y naciones— no puede descansar sobre otra base ni ser preservada por otro instrumento que no sean las disposiciones divinamente señaladas que están implícitas en el Orden Mundial relacionado con Su Santo Nombre. En Su Tabla revelada hace casi setenta años a la reina Victoria [en el período 1868-73], Bahá'u'lláh, aludiendo a esta Más Grande Paz, ha declarado: «*Lo que el Señor ha dispuesto como el supremo remedio y el más poderoso instrumento para la curación del mundo entero es la unión de todos sus pueblos en una Causa universal, una misma Fe en común. Esto no puede lograrse sino por el poder de un Médico inspirado, competente y todopoderoso. Esto, ciertamente, es la verdad y todo lo demás no es sino error. [...] Considerad estos días en los que la Antigua Belleza, Quien es el Más Grande Nombre, ha sido enviada a regenerar y unificar a la humanidad. Contemplad cómo con espadas desenvainadas se alzaron contra Él y cometieron aquello que hizo estremecerse al Espíritu Fiel. Y cuando les decíamos: “He aquí que ha venido el Reformador del Mundo”, ellos respondían: “Él es, en verdad, uno de los sembradores de discordia”*». En otra Tabla asevera: “*Conviene a todos en este*

*Día asirse firmemente al Más Grande Nombre y establecer la unidad de toda la humanidad. No hay adonde huir, ni refugio que nadie pueda buscar sino Él”».*

---

# MAYORÍA DE EDAD DE LA HUMANIDAD

---

LA REVELACIÓN DE BAHÁ'U'LLÁH, cuya misión suprema no es otra que el logro de esta unidad orgánica y espiritual del conjunto entero de naciones, debería ser considerada, si hemos de ser fieles a sus implicaciones, como la señal del advenimiento de la madurez de toda la raza humana. No debería ser tomada como si fuera meramente otro renacimiento espiritual dentro de la siempre cambiante suerte de la humanidad, ni sólo como una etapa más de la cadena de Revelaciones progresivas, y ni siquiera como la culminación de una serie de recurrentes ciclos proféticos, sino como la señal de la última y más elevada etapa de la asombrosa evolución de la vida colectiva del ser humano en este planeta. El surgimiento de una comunidad mundial, la conciencia de una ciudadanía mundial, el establecimiento de una civilización y una cultura mundiales –todo ello sincronizado con las etapas iniciales del desenvolvimiento de la Edad Dorada de la era bahá'í– deberían ser considerados, por su propia naturaleza y por lo que a esta vida planetaria se refiere, como los límites últimos en la organización de la sociedad humana, aunque el ser humano, como individuo y además como resultado de esa consumación, deberá continuar indefinidamente su progreso y desarrollo.

Aquel místico, omnímodo, pero indefinible cambio que relacionamos con la etapa de madurez inevitable en la vida del individuo y el desarrollo del fruto, si comprendemos correctamente las expresiones de Bahá'u'lláh, debe tener su

contraparte en la evolución de la organización de la sociedad humana. Tarde o temprano, deberá alcanzarse una etapa similar en la vida colectiva de la humanidad, en que se produzca un fenómeno aún más sorprendente en las relaciones internacionales, y se dote a toda la raza humana de grandes capacidades de bienestar que proporcionarán, a lo largo de edades sucesivas, el principal estímulo que se requiere para el consiguiente cumplimiento de su alto destino. Esa etapa de madurez en el proceso del gobierno humano debe, si es que reconocemos fielmente el grandioso anuncio hecho por Bahá'u'lláh, quedar identificada para siempre con la revelación de la cual Él fue el Portavoz.

En uno de los pasajes más característicos que Él mismo ha revelado, declara sin lugar a equívocos la verdad de este principio distintivo de la creencia bahá'í: *«Ha sido decretado por Nos que la Palabra de Dios y todas sus potencialidades han de manifestarse a las gentes en estricta conformidad con las condiciones que han sido preordinadas por Aquel que es el Omnisciente, el Sapientísimo. Hemos ordenado, además, que el velo de su ocultación no sea otro que su propio Ser. Tal es, en verdad, Nuestra Fuerza para lograr Nuestro Propósito. Si se le permitiera a la Palabra liberar repentinamente todas las energías que están latentes dentro de ella, nadie podría soportar el peso de tan poderosa revelación. [...] Considera lo que se ha hecho descender a Muḥammad, el Apóstol de Dios. La medida de la Revelación de la cual Él fue Portador había sido claramente preordinada por Aquel que es el Todopoderoso, el Omnipotente. Sin embargo, quienes Le oyeron sólo pudieron comprender Su propósito de acuerdo con su propia posición y capacidad espiritual. Él, de igual manera, descubrió la Faz de la Sabiduría en proporción a la capacidad de ellos para soportar el peso de Su Mensaje. Tan pronto como la humanidad alcanzó la etapa de la madurez, la Palabra reveló a los ojos de todos las energías latentes con que había sido dotada, energías que se manifestaron en la plenitud de su gloria cuando en el año sesenta apareció la Antigua Belleza en la persona de 'Alí-Muḥammad, el Báb».*

'Abdu'l-Bahá, aclarando esta verdad fundamental, ha escrito: *«Todas las cosas creadas tienen su grado o etapa de madurez. El periodo de madurez en la vida de un árbol es el tiempo de su fructificación. [...] El animal alcanza una etapa de pleno crecimiento y consumación, y en el reino humano el hombre alcanza su*

*madurez cuando la luz de su inteligencia llega a su mayor poder y desarrollo. [...] Del mismo modo, existen períodos y etapas en la vida colectiva de la humanidad. En cierta época pasó por su etapa de niñez; en otra, por un período de juventud; pero ahora ha entrado en su largamente anunciada fase de madurez, cuyas evidencias se manifiestan por doquier. [...] Lo que era aplicable a las necesidades humanas en la historia temprana de la raza no puede cumplir ni satisfacer las exigencias de este día, de este período de innovación y consumación. La humanidad ha salido de su anterior estado de limitación y de adiestramiento preliminar. El hombre debe ahora dotarse de nuevas virtudes y poderes, de nuevas normas morales, de nuevas capacidades. Nuevos dones y dádivas perfectas le esperan y descienden ya sobre él. Los dones y las bendiciones de su juventud, aunque apropiadas y suficientes durante la adolescencia de la humanidad, son ahora incapaces de satisfacer los requerimientos de su madurez».*

---

# EL PROCESO DE INTEGRACIÓN

---

UNA CRISIS TAN SINGULAR y decisiva en la vida de la humanidad organizada puede, además, ser comparada con la etapa culminante de la evolución política de la gran República norteamericana, la etapa que señaló el surgimiento de una comunidad unificada de estados federados. El despertar de una nueva conciencia nacional y el nacimiento de un nuevo tipo de civilización, infinitamente más rica y más noble de lo que cualquiera de sus elementos constitutivos hubiera esperado lograr por separado, puede decirse que ha proclamado la llegada a la mayoría de edad del pueblo norteamericano. Dentro de los límites territoriales de esa nación, esta consumación puede ser considerada como la culminación del proceso del gobierno humano. Los elementos diversos y casi desconectados de una comunidad dividida fueron reunidos, unificados e incorporados en un sistema coherente. Aunque esta entidad pueda continuar aumentando su poder de cohesión, aunque la unidad ya lograda pueda consolidarse aún más, aunque la civilización a la cual tan solo esa unidad pudo haber dado origen pueda extenderse y florecer, con todo, cabría decirse que el mecanismo básico para dicho desenvolvimiento, en su estructura esencial, ya ha sido erigido, y puede decirse que ha sido fundamentalmente impartido el impulso necesario para guiarlo y sostenerlo. No cabe imaginar ninguna etapa superior más allá de esta consumación de unidad nacional, dentro de los límites geográficos de esa nación, aunque permanezca todavía incumplido el más alto

destino de su pueblo como elemento constitutivo de una entidad aún mayor que ha de abarcar a toda la humanidad. No obstante, puede decirse que, considerado como una unidad aislada, este proceso de integración ha alcanzado su más elevada consumación final.

Tal es la etapa hacia la cual se aproxima colectivamente una humanidad en evolución. La Revelación confiada a Bahá'u'lláh por el Todopoderoso Ordenador –así lo creen firmemente sus seguidores– ha sido dotada con las potencialidades proporcionales a la madurez de la raza humana, la etapa de coronación y más trascendente en su evolución desde la infancia a la edad adulta.

Los Sucesivos Fundadores de todas las Religiones del pasado, Quienes desde tiempo inmemorial han difundido con creciente intensidad el esplendor de una misma Revelación en las diferentes etapas que han señalado el avance de la humanidad hacia la madurez, pueden ser considerados, en cierto sentido, como Manifestaciones preliminares, que han previsto y preparado el camino para el advenimiento de ese Día de Días en que la tierra entera habrá fructificado y el árbol de la humanidad habrá dado el fruto que le fue destinado.

Aunque esta verdad es incontrovertible, a su carácter desafiante nunca debería permitírsele oscurecer el propósito o distorsionar el principio que motivan las declaraciones de Bahá'u'lláh, declaraciones que han establecido por siempre la absoluta unicidad de todos los Profetas, incluido Él mismo, ya sea que pertenezcan al pasado o al futuro. Aunque la misión de los Profetas que precedieron a Bahá'u'lláh pueda ser vista bajo esa luz, aunque necesariamente difiera la cuantía de Revelación Divina confiada a cada cual, como resultado de este proceso de evolución, su origen común, su unidad esencial, su identidad de propósito, no deberían ser, en ningún momento ni circunstancia, malinterpretados o negados. Debe permanecer como fundamento inalterable y dogma central de creencia bahá'í el que todos los Mensajeros de Dios deberían ser considerados como *«habitando en el mismo tabernáculo, remontándose hacia el mismo cielo, sentados en el mismo trono, pronunciando las mismas palabras y proclamando la misma Fe»*, por mucho que podamos enaltecer la cuantía de Revelación Divina concedida a la humanidad en esta etapa culminante de su evolución. Cualesquiera variaciones en el esplendor que cada una de estas

Manifestaciones de la luz de Dios ha difundido por el mundo deberían ser atribuidas no a una superioridad inherente comprendida en el carácter esencial de alguna de ellas, sino más bien a la capacidad progresiva, a la creciente receptividad espiritual que la humanidad ha puesto invariablemente de manifiesto en su avance hacia la madurez.



---

# LA CONSUMACIÓN FINAL

---

**S**ÓLO QUIENES ESTÉN DISPUESTOS a relacionar la Revelación proclamada por Bahá'u'lláh con la consumación de una evolución tan extraordinaria en la vida colectiva de toda la raza humana podrán captar la magnitud de las palabras que Él, al aludir a las glorias de este Día prometido y la duración de la era bahá'í, juzgó conveniente pronunciar: *«Este es el Rey de los Días –exclama– el Día que ha presenciado el advenimiento del Más Amado, Aquel que, a través de toda la eternidad, ha sido proclamado el Deseo del Mundo»*. Además afirma: *«Las Escrituras de las Dispensaciones del pasado celebran el gran jubileo que necesariamente ha de saludar a este supremo Día de Dios. Bienaventurado quien haya vivido para presenciar este Día y haya reconocido su posición»*. *«Es evidente –explica Él en otro pasaje– que cada época en que ha vivido una Manifestación de Dios es divinamente ordenada y, en cierto modo, puede ser caracterizada como el Día designado de Dios. Sin embargo, este Día es único, y debe ser distinguido de los que lo han precedido. La designación de “Sello de los Profetas” revela plenamente su elevada posición. El Ciclo Profético, de cierto, ha terminado. La Eterna Verdad ya ha llegado. Él ha enarbolado la Enseña del Poder y derrama ahora sobre el mundo el nítido esplendor de Su Revelación»*. *«En esta magna Revelación –declara categóricamente– todas las Dispensaciones del pasado han alcanzado su más elevada consumación final. Aquello que se ha puesto de manifiesto en esta*

*preeminente y exaltadísima Revelación no tiene paralelo en los anales del pasado, ni podrán las edades futuras presenciar nada igual».*

Debe recordarse asimismo que los pronunciamientos originales de ‘Abdu’l-Bahá confirman en forma no menos categórica la incomparable grandeza de la Dispensación Bahá’í. Él afirma en una de sus Tablas: *«Siglos, es más, innumerables edades han de transcurrir antes de que el Sol de la Verdad brille nuevamente con estival esplendor o que aparezca una vez más con la refulgencia de su gloria primaveral. [...] La mera contemplación de la Dispensación inaugurada por la Bendita Belleza hubiera bastado para anonadar a los santos de otras épocas, santos que ansiaban participar, por un momento siquiera, de su grandiosa gloria».* Y en términos aún más precisos, afirma: *«En cuanto a las Manifestaciones que en el futuro han de descender “a la sombra de las nubes”, has de saber ciertamente que, en cuanto se refiere a su relación con la Fuente de su inspiración, ellas están a la sombra de la Antigua Belleza. Sin embargo, en su relación con la época en que aparecen, todas y cada una de ellas “hace lo que Él desea”».* Refiriéndose a la Revelación de Bahá’u’lláh, explica: *«Esta sagrada Dispensación está iluminada con la luz del Sol de la Verdad, brillando desde su más sublime posición y en la plenitud de su esplendor, su calor y gloria».*

---

# DOLORES DE MUERTE Y DE NACIMIENTO

---

**Q**UERIDOS AMIGOS: AUNQUE SE ha transmitido la Revelación de Bahá'u'lláh, el Orden Mundial que tal Revelación debe necesariamente engendrar aún no ha nacido. Aunque ha terminado la Edad Heroica de Su Fe, las energías creadoras que dicha Edad ha liberado no han cristalizado aún en esa sociedad mundial que, a su debido tiempo, ha de reflejar el esplendor de Su gloria. Aunque se ha erigido la estructura de su Orden Administrativo y ha comenzado el Período Formativo de la era bahá'í, el Reino prometido en el cual la simiente de sus instituciones ha de madurar aún no se ha inaugurado. Aunque se ha elevado Su Voz y las enseñanzas de su Fe se han izado en no menos de cuarenta países, tanto del Oriente como del Occidente, la integridad de la raza humana aún no ha sido reconocida, ni se ha proclamado su unidad, ni se ha enarbolado el estandarte de la Más Grande Paz.

*«Las alturas –Bahá'u'lláh mismo atestigua– que puede alcanzar el ser mortal, en este Día, aún no han sido reveladas a su vista. El mundo de la existencia nunca ha tenido ni posee todavía la capacidad para recibir tal revelación. Sin embargo, se aproxima el día en que serán manifestadas ante todos las potencialidades de tan grandioso favor en virtud de Su mandato».*

Para la revelación de tan grande favor, parecería ser indispensable un período de intensa agitación y de gran sufrimiento general. A pesar del resplandor de

la era que ha presenciado el comienzo de la Misión confiada a Bahá'u'lláh, el intervalo que ha de transcurrir antes de que esa era entregue su fruto más selecto –resulta cada vez más evidente– será ensombrecido por una enorme tenebrosidad moral y social, que es lo único que puede preparar a una humanidad impenitente para la recompensa que está destinada a heredar.

Hacia un período de esa naturaleza nos dirigimos firme e irrevocablemente. Entre las sombras que paulatinamente nos van cercando, apenas podemos distinguir los destellos de la celestial soberanía de Bahá'u'lláh apareciendo intermitentemente en el horizonte de la historia. A nosotros, la *«generación de la penumbra»*, que vivimos en un tiempo que puede ser designado como período de incubación de la Mancomunidad Mundial concebida por Bahá'u'lláh, nos ha sido asignada una tarea cuyo alto privilegio nunca podremos apreciar suficientemente y cuya dificultad de alcanzar apenas podemos aún reconocer. Los que hemos sido convocados a sufrir la acción de las oscuras fuerzas destinadas a desencadenar un torrente de atroces aflicciones bien podemos creer que todavía no ha sonado la hora más oscura que debe preceder a la aurora de la Edad Dorada de nuestra Fe. Por muy profunda que sea la tenebrosidad que ya envuelve al mundo, aún no han llegado los dolorosos sufrimientos que ese mundo ha de padecer, ni su lóbreguez puede ser imaginada todavía. Nos encontramos ante el umbral de una era cuyas convulsiones proclaman la agonía de la muerte del viejo orden y los dolores de parto del nuevo. Puede decirse que este Nuevo Orden Mundial ha sido concebido a través de la fecunda influencia de la Fe anunciada por Bahá'u'lláh. En el momento actual, podemos sentir su agitación en el seno de una época de dolores, una época que aguarda la hora señalada para deponer su carga y producir su más precioso fruto.

*«La tierra entera –escribe Bahá'u'lláh– se halla ahora en estado de gravidez. Se aproxima el día en que habrá entregado sus más nobles frutos, cuando en ella habrán crecido los árboles más altos, los más encantadores capullos, las bendiciones más celestiales. ¡Inmensamente exaltada es la brisa que sopla desde las vestiduras de tu Señor, el Glorificado! ¡He aquí que ha difundido su fragancia y ha renovado todas las cosas! Bienaventurados los que comprenden».* «Los impetuosos vientos de la gracia de Dios –proclama en el Súratu'l-Haykal– han soplado sobre todas

*las cosas. Toda criatura ha sido dotada de cuantas potencialidades es capaz de llevar. ¡Y, con todo, los pueblos del mundo han rehusado esta gracia! Todo árbol ha sido dotado de los frutos más selectos, y todo océano enriquecido con las gemas más luminosas. El propio ser humano ha sido investido con los dones de la comprensión y el conocimiento. La creación entera se ha convertido en destinataria de la revelación del Todomisericordioso, y la tierra, en depositaria de cosas inescrutables para todos salvo para Dios, la Verdad, el Conocedor de lo invisible. Se acerca la hora en que toda cosa creada habrá depuesto su carga. ¡Glorificado sea Dios, Quien ha otorgado esta gracia que abarca todas las cosas, ya sean visibles o invisibles!».*

*«El Llamamiento de Dios –ha escrito ‘Abdu’l-Bahá– una vez producido, insufló una nueva vida en el cuerpo de la humanidad e infundió un nuevo espíritu en toda la creación. Por esta razón, el mundo se ha conmovido hasta lo más profundo, y han revivido los corazones y las conciencias de los hombres. Dentro de poco, serán reveladas las evidencias de esta regeneración, y se despertarán los que estén profundamente dormidos».*

---

# LA EFERVESCENCIA GENERALIZADA

---

**A**L CONTEMPLAR EL MUNDO que nos rodea, nos vemos obligados a observar las múltiples evidencias de esa efervescencia generalizada que, en cada continente del globo y en cada compartimento de la vida humana, ya sea religioso, social, económico o político, purifica y reorganiza a la humanidad en espera del Día en que se habrá reconocido la integridad de la raza humana y será establecida su unidad. Sin embargo, se distingue un doble proceso, cada uno de los cuales tiende, a su propio modo y con acelerado ímpetu, a conducir hacia un clímax las fuerzas que transforman la faz de nuestro planeta. El primero es esencialmente un proceso de integración, mientras que el segundo es fundamentalmente destructivo. El primero, en su constante evolución, revela un Sistema que bien puede servir de modelo de ese orden político hacia el cual avanza sin parar un mundo extrañamente perturbado; mientras que el otro, al ahondarse su influencia desintegradora, tiende a derribar, con creciente violencia, las caducas barreras que intentan impedir el progreso de la humanidad hacia su meta predestinada. El proceso constructivo está relacionado con la naciente Fe de Bahá'u'lláh y es el precursor del Nuevo Orden Mundial que esta Fe, dentro de poco, ha de establecer. Las fuerzas destructivas que caracterizan al otro proceso deben identificarse con una civilización que ha rehusado responder a la expectativa de una nueva era y que, por consiguiente, sucumbe al caos y la declinación.

Una contienda titánica, espiritual, sin paralelo en su magnitud y, con todo, inefablemente gloriosa en sus consecuencias finales, se libra como resultado de esas tendencias opuestas en esta era de transición que atraviesan la comunidad organizada de los seguidores de Bahá'u'lláh y la humanidad en su conjunto.

El Espíritu que se ha personificado en las instituciones de una Fe creciente se ha enfrentado, y combate ahora, en el curso de su marcha progresiva por la redención del mundo, con fuerzas tales que son, en la mayoría de los casos, la negación misma de ese Espíritu, y cuya existencia continuada inevitablemente ha de obstruir el logro de su propósito. Obsérvese cómo las vacías y agotadas instituciones, las doctrinas y creencias obsoletas, las tradiciones estériles y desacreditadas que estas fuerzas representan han sido socavadas, en ciertos casos, en virtud de su propia senilidad, la pérdida de su poder de cohesión y la corrupción que les es inherente. Algunas han sido barridas por la embestida de las fuerzas que la Fe bahá'í, a la hora de su nacimiento, ha liberado tan misteriosamente. Otras, como resultado directo de una vana y débil resistencia a su crecimiento en las etapas iniciales de su desarrollo, han desaparecido y han sido completamente desacreditadas. Aun otras, temerosas de la penetrante influencia de las instituciones en las cuales había sido incorporado ese mismo Espíritu en una etapa posterior, habían movilizad sus fuerzas y lanzado su ataque, destinadas a sufrir, a su vez, tras un triunfo breve e ilusorio, una ignominiosa derrota.

---

## ESTA ERA DE TRANSICIÓN

---

**N**O ES MI PROPÓSITO recordar las luchas espirituales que han sucedido ni mucho menos tratar de hacer un análisis detallado de ellas; tampoco pretendo destacar las victorias que han redundado en la gloria de la Fe de Bahá'u'lláh desde el día de su fundación. Mi principal interés no se refiere a los sucesos que han distinguido a la primera, la era apostólica de la Dispensación Bahá'í, sino más bien a los acontecimientos sobresalientes que están teniendo lugar en el período formativo de su desarrollo y las tendencias que caracterizan esta era de transición, cuyas tribulaciones son las precursoras de esa Edad de suprema felicidad que ha de encarnar el propósito último de Dios para toda la humanidad.

En una comunicación anterior he aludido sucintamente al catastrófico derrumbe de poderosos reinos e imperios, en vísperas del fallecimiento de 'Abdu'l-Bahá, Cuyo deceso puede decirse que inauguró la fase inicial de la era de transición en la cual vivimos ahora. La disolución del Imperio germánico, la humillante derrota infligida a su soberano, el sucesor y descendiente directo del rey y emperador prusiano, a quien Bahá'u'lláh había dirigido Su solemne e histórica advertencia, conjuntamente con la extinción de la Monarquía austro-húngara, los restos del otrora grandioso Sacro Imperio Romano, fueron ambas precipitadas por la guerra cuyo estallido señaló la apertura de la era de frustración destinada a preceder al establecimiento del Orden Mundial de Bahá'u'lláh. Ambos



sucesos trascendentales pueden ser vistos como los primeros acontecimientos de esa era turbulenta, en la periferia de cuya fase más tenebrosa comenzamos ahora a entrar.

El Autor de nuestra Fe, en Su Libro Más Sagrado, había dirigido al que fue conquistador de Napoleón III, con ocasión de la victoria del rey, esta clara y luminosa advertencia: *«¡Oh Rey de Berlín! [...] Pon atención, no sea que el orgullo te impida reconocer a la Aurora de la Revelación Divina, y que los deseos mundanos te separen, como por un velo, del Señor del Trono en las alturas y de aquí en la tierra. Así os aconseja la Pluma del Altísimo. Él, verdaderamente, es el Magnánimo, el Munificente. Acuérdate de aquel cuyo poder excedía a tu poder (Napoleón III) y cuyo rango superaba al tuyo. ¿Dónde está él? ¿Adónde han ido sus posesiones? Que te sirva de advertencia para que no seas de los que están profundamente dormidos. Fue él quien arrojó tras de sí la Tabla de Dios cuando le dimos a conocer lo que las huestes de la tiranía Nos habían hecho sufrir. Por ello, la deshonra le acosó por todos lados y cayó al polvo con grave derrota. Medita profundamente, oh Rey, sobre él y sobre cuantos, al igual que tú, han conquistado ciudades y gobernado a los hombres. El Todomisericordioso los hizo descender de sus palacios a sus tumbas. Escarmienta y sé de los que reflexionan».*

*«¡Oh, riberas del Rin! –profetiza Bahá'u'lláh en otro pasaje de ese mismo Libro–. Os hemos visto cubiertas de sangre, por cuanto las espadas del castigo se desenvainaron contra vosotras; y os pasará otra vez lo mismo. Y oímos las lamentaciones de Berlín, aunque hoy esté en conspicua gloria».*

---

## EL COLAPSO DEL ISLAM

---

EL COLAPSO DEL PODER de la jerarquía shí'í, en una tierra que por centurias había sido el baluarte inexpugnable del fanatismo musulmán, fue la consecuencia inevitable de esa oleada de secularización, la cual habría de invadir, posteriormente, a algunas de las más poderosas y conservadoras instituciones eclesiásticas de los continentes europeo y americano. A pesar de no ser la consecuencia directa de la última guerra, esta repentina conmoción que se había apoderado del hasta entonces inmovible pilar de la ortodoxia islámica acentuó los problemas y profundizó el desasosiego con el cual un mundo hastiado de guerras era atormentado. El islam shí'í, en la tierra natal de Bahá'u'lláh y como consecuencia directa de su implacable hostilidad hacia Su Fe, había perdido para siempre su poder combativo, se había privado de sus derechos y privilegios, había sido degradado y desmoralizado y se estaba condenando a la desesperante oscuridad y a la extinción final. Sin embargo, no menos de veinte mil mártires habían de sacrificar su vida antes que la Causa por la que habían resistido y habían muerto pudiese registrar esta victoria inicial sobre aquellos que fueron los primeros en repudiar sus derechos y cercenar a sus admirables guerreros. «*La humillación y la miseria se abatieron sobre ellos e incurrieron en la ira de Dios*».

«*Mira –escribe Bahá'u'lláh al comentar sobre la declinación de un pueblo caído– cómo los dichos y hechos de los seguidores del islam shí'í han ensombrecido la alegría y fervor de sus primeros días y han empañado el prístino brillo de*

*su luz. En sus comienzos, mientras aún se adberían a los preceptos asociados al nombre de su Profeta, el Señor de la humanidad, su carrera fue marcada por una cadena ininterrumpida de victorias y triunfos. Pero a medida que se alejaban gradualmente del camino de su Amo y Conductor ideal, y se apartaban de la Luz de Dios y corrompían el principio de Su unidad divina, y a medida que centraban su atención cada vez más en aquellos que sólo eran los reveladores de la potencia de Su Palabra, su fuerza se transformó en debilidad, su gloria en vergüenza y su coraje en temor. Tú ves a qué extremo han llegado».*

La caída de la dinastía Qájár, la reconocida defensora y el servil instrumento de un clero decadente, fue casi simultánea con la humillación que habían sufrido los jefes eclesiásticos shí'íes. Desde Muḥammad Sháh hasta el último y débil monarca de esa dinastía, se le negó a la Fe de Bahá'u'lláh la consideración imparcial, el trato favorable y desinteresado que su causa, con justicia, había reclamado. Por el contrario, había sido atrocemente hostigada, sistemáticamente traicionada y perseguida. El martirio del Báb; el destierro de Bahá'u'lláh, la confiscación de Sus bienes terrenales; su encarcelamiento en Mázindarán; el reinado de terror que Le recluyó en la más pestilente de la mazmorras; las intrigas, las protestas y las calumnias que en tres ocasiones extendieron Su exilio y Le condujeron a Su último encarcelamiento en la más desolada de las ciudades; las ignominiosas sentencias dictadas contra la persona, los bienes y el honor de Sus inocentes seguidores, con la confabulación de las autoridades judiciales y eclesiásticas, todos estos destacan como los actos más téticos de los cuales la posteridad hará responsable a esta sangrienta dinastía. Quedaba así eliminada otra barrera más que había tratado de obstruir el avance de la Fe.

Aunque Bahá'u'lláh había sido desterrado de Su tierra natal, de ningún modo había menguado la marea de calamidades que había pasado tan ferozmente tanto sobre Él como sobre los seguidores del Báb. Bajo la jurisdicción del Sultán de Turquía, el archienemigo de la Causa, se había abierto un nuevo capítulo en la historia de Sus repetidos tormentos. El derrocamiento del sultanato y el califato, los dos pilares del islam sunní, no puede ser considerado de otra manera que como la consecuencia inevitable de la feroz, sostenida y deliberada persecución que los monarcas de la tambaleante Casa de 'Uthmán, los reconocidos

sucesores del Profeta Muḥammad, habían lanzado contra ella. Desde la ciudad de Constantinopla, la sede tradicional del sultanato y el califato, los gobernantes de Turquía, por un período de casi tres cuartos de siglo, se habían esforzado, con sostenido empeño, por detener el avance de una Fe que ellos temían y aborrecían. Desde el momento en que Bahá'u'lláh puso pie en suelo turco y Se convirtió a todos los efectos en prisionero del más influyente potentado del islam hasta el año de la liberación de Tierra Santa del yugo turco, los sucesivos califas, y sobre todo los sultanes 'Abdu'l-'Azíz y 'Abdu'l-Ḥamíd, en pleno ejercicio de las facultades espirituales y temporales que su exaltado rango les confería, mortificaron tanto al Fundador de nuestra Fe como al Centro de Su Alianza con tal sufrimiento y tribulación que jamás mente alguna podría imaginar ni pluma ni lengua alguna describir. Tan solo Ellos pudieron haberlas evaluado o soportado.

De esas aflictivas pruebas, Bahá'u'lláh ha testimoniado repetidamente: «*¡Por la rectitud del Todopoderoso! Si te relatara la historia de las cosas que Me han acontecido, las almas y mentes serían incapaces de soportar su peso. Pongo a Dios por testigo*». «*Han pasado veinte años –ha escrito Él, dirigiéndose a los reyes de la cristiandad– durante los cuales cada día hemos probado la angustia de una nueva tribulación. Ninguno de los que Nos precedieron ha soportado lo que Nos hemos soportado. ¡Ah, si lo comprendierais! Aquellos que se levantaron contra nosotros nos han matado, han derramado nuestra sangre, han saqueado nuestros bienes y violado nuestro honor*». «*Recuerda Mis penas –ha revelado en otro pasaje– Mis preocupaciones y ansiedades, Mis aflicciones y pruebas, las condiciones de Mi cautiverio, las lágrimas que he derramado, la amargura de Mi angustia, y ahora Mi encarcelamiento en esta lejana tierra. [...] Si se contaran lo que Le ha acontecido a la Antigua Belleza, buirías al desierto y llorarías con gran llanto. [...] Al levantarme de Mi lecho cada mañana, descubría las huestes de innumerables aflicciones reunidas tras Mi puerta; y cada noche, al acostarme, he aquí que Mi corazón se desgarraba de agonía por lo que había padecido a causa de la diabólica crueldad de sus enemigos*».

Las órdenes que impartían estos enemigos, los destierros que decretaban, las indignidades que infligían, los planes que trazaban, las investigaciones que

dirigían, las amenazas que pronunciaban, las atrocidades que estaban dispuestos a cometer, las intrigas y vilezas a las cuales ellos, sus ministros, sus gobernadores y sus jefes militares se habían rebajado constituyen un testimonio del cual resulta muy difícil encontrar un paralelo en la historia de alguna otra religión revelada. La simple enumeración de los aspectos más destacados de este tema siniestro bastaría para llenar un tomo. Ellos sabían muy bien que el Centro espiritual y administrativo de la Causa que se habían esforzado por erradicar había quedado ahora dentro de sus dominios, que sus jefes eran ciudadanos turcos y que cuantos recursos de que ellos dispusieran se hallaban a su merced. Que este despotismo, durante un período de casi setenta años, estando aún en la plenitud de su no cuestionada autoridad, fortalecido por las interminables maquinaciones de las autoridades civiles y eclesiásticas de una nación vecina, y contando con el apoyo de aquellos familiares de Bahá'u'lláh que se habían rebelado contra Su Causa y se habían separado de ella, no haya logrado finalmente extirpar un simple puñado de sus súbditos sujetos a condena debe representar, para todo observador imparcial, uno de los episodios más inexplicables y misteriosos de la historia contemporánea.

La Causa de la que Bahá'u'lláh era aún el jefe visible, había triunfado incuestionablemente, pese a las maquinaciones de un enemigo corto de vista. Ninguna mente imparcial que explorase siquiera superficialmente las condiciones que rodeaban al Prisionero de 'Akká podía ya confundirlo o negarlo. Si bien la tensión que se había aliviado aumentó durante un tiempo tras la ascensión de Bahá'u'lláh y resurgieron los peligros de una situación aún no resuelta, se tornaba cada vez más evidente que las insidiosas fuerzas de la desintegración, las cuales durante muchos años habían estado carcomiendo las partes vitales de una nación enferma, se acercaban ahora a su clímax. Ya se había desencadenado una serie de convulsiones internas, cada una más devastadora que la anterior, destinadas a traer consigo uno de los sucesos más catastróficos de los tiempos modernos. El asesinato de aquel déspota arrogante en el año 1876; el conflicto ruso-turco que siguió como consecuencia; las guerras de liberación que le sucedieron; el levantamiento del movimiento de los Jóvenes Turcos; la Revolución Turca de 1909 que precipitó el derrocamiento de 'Abdu'l-Ḥamíd; las

guerras balcánicas, con sus calamitosas consecuencias; la liberación de Palestina, que albergaba en su seno las ciudades de 'Akká y Haifa, el centro mundial de una Fe emancipada; el posterior desmembramiento dispuesto por el Tratado de Versalles; la abolición del sultanato y la caída de la Casa de 'Uthmán; la extinción del califato; la abrogación de la existencia de una religión estatal; la derogación de la ley de la Sharí'ah y la promulgación de un Código Civil universal; la supresión de diversas órdenes, creencias, tradiciones y ceremonias que se consideraban inseparablemente entrelazadas en la urdimbre de la Fe musulmana, todo ello sucedió con una naturalidad y una velocidad que nadie se hubiera atrevido a imaginar. En estos golpes devastadores, asestados por amigos y enemigos por igual, por naciones cristianas y por musulmanes devotos, cada seguidor de la perseguida Fe de Bahá'u'lláh reconoció las evidencias de la Mano rectora del fallecido Fundador de su religión, Quien, desde el Reino invisible, estaba desatando un aluvión de bien merecidas calamidades sobre una religión y una nación rebeldes.

Comparen las señales del castigo divino que recayó en los perseguidores de Jesucristo con estas represalias históricas que, en la última parte de la primera centuria de la era bahá'í, han arrojado al polvo al principal adversario de la religión de Bahá'u'lláh. ¿Acaso el Emperador romano, en la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana, tras el penoso sitio de Jerusalén, no había devastado la Ciudad Santa? ¿No había destruido el Templo?

¿No había profanado y despojado de sus tesoros el Sanctasanctorum, y los transportó a Roma? ¿No había establecido una colonia pagana en el monte Sión? ¿No había masacrado a los judíos y exiliado y dispersado a los sobrevivientes?

Comparen, además, las palabras que, como indica el Evangelio, dirigió Cristo perseguido a Jerusalén, con el apóstrofe de Bahá'u'lláh a Constantinopla, revelado mientras Se hallaba en Su remota Prisión y consignado en Su Libro Más Sagrado: «¡Oh Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los Profetas y apedreas a quienes te son enviados, cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas!». Y nuevamente, mientras Él lloraba por la ciudad: «¡Ah, si en este día conocieras también tú lo que sería para la paz! Pero

*ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos te circunvalarán con un vallado, y te cercarán en derredor y te estrecharán de todas partes; derribarán por tierra a ti, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que has sido visitada».*

*«¡Oh Punto situado en las orillas de los dos mares! –así apostrofa Bahá'u'lláh a la ciudad de Constantinopla–. Verdaderamente, el trono de la tiranía se ha establecido en ti, y se ha encendido en tus entrañas la llama del odio, a tal extremo que han gemido y se han lamentado el Concurso de lo alto y los que giran alrededor del Trono Exaltado. Vemos que en ti el necio gobierna al sabio, y la oscuridad se vanagloria ante la luz. Realmente, estás henchido de orgullo manifiesto. ¿Tè ha vuelto altanero tu esplendor externo? ¡Por Aquel que es el Señor de la humanidad! En breve se desvanecerá y se lamentarán tus hijas y tus viudas y todas las familias que en ti habitan. Así te lo informa el Omnisciente, el Sapientísimo».*

Al Sultán 'Abdu'l-'Azíz, el monarca que decretó cada uno de los tres destierros de Bahá'u'lláh, el Fundador de nuestra Fe, mientras estaba prisionero en la capital del Sultán, le dirigió estas palabras: *«Escucha, oh Rey, la palabra de Aquel que habla la verdad, Quien no te pide que Le recompenses con aquello que Dios ha determinado conferirte, Quien, sin errar, huella el Camino recto. [...] Pon ante tus ojos la infalible Balanza de Dios y, como si estuvieras en Su Presencia, sopesa en esa Balanza tus acciones cada día, en cada momento de tu vida. Hazte un examen de conciencia antes de que seas llamado a rendir cuentas, en el Día en que ningún hombre tendrá fuerza para sostenerse por temor a Dios, Día en que se hará estremecer los corazones de los desatentos».*

Dirigiéndose a los Ministros de Estado de Turquía, Él, en la misma Tabla, reveló: *«Os incumbe, oh Ministros de Estado, observar los preceptos de Dios y abandonar vuestras propias leyes y reglamentos, y ser de aquellos que están bien guiados. [...] Pronto descubriréis las consecuencias de lo que habéis hecho en esta vida vana y recibiréis vuestra paga por ellas. [...] ¡Cuán grande ha sido el número de aquellos que, en épocas pasadas, han cometido las mismas acciones que habéis cometido vosotros y que, a pesar de tener un rango superior al vuestro, finalmente han regresado al polvo y han sido relegados a su inevitable perdición! [...] Seguiréis su huella, y se os hará entrar en una habitación en la cual no encontraréis a nadie*

*que os ampare o ayude. [...] Los días de vuestra vida pasarán, y perecerán todas las cosas con que os ocupáis y de las cuales os jactáis, y vosotros, con toda seguridad, seréis llamados por una compañía de Sus ángeles a comparecer en el lugar donde temblarán los miembros de toda la creación, y sentirá escalofrío la carne de todo opresor. [...] Este es el día que os llegará inevitablemente, la hora que nadie puede postergar».*

A los habitantes de Constantinopla, mientras vivía en medio de ellos la vida de un exiliado, Bahá'u'lláh, en esa misma Tabla, les dirigió estas palabras: «*Temed a Dios, habitantes de la Ciudad (Constantinopla), y no sembréis las semillas de la disensión entre la gente. [...] Vuestros días se acabarán como se han acabado los días de los que os han precedido. Regresaréis al polvo, como lo hicieron vuestros antecesores*». «*En el momento de Nuestra llegada a la Ciudad –observa Él además– encontramos tanto a sus gobernantes como a sus dignatarios reunidos como niños que juegan con arcilla. [...] Nuestro ojo interior lloró amargamente por ellos y por sus transgresiones y por su descuido total de aquello para lo que fueron creados. Eso es lo que observamos en aquella ciudad y lo que hemos decidido anotar en Nuestro Libro, para que les sirva de advertencia a ellos y al resto de la humanidad. Se aproxima el día en que Dios habrá creado un pueblo que recordará Nuestros días, que relatará la historia de Nuestras pruebas, que exigirá la restitución de Nuestros derechos a aquellos que, sin ninguna tilde de prueba, Nos han tratado con manifiesta injusticia. Dios, por cierto, domina la vida de aquellos que Nos han hecho daño y conoce muy bien sus acciones. Sin duda, Él los aprehenderá por sus pecados. Él, verdaderamente, es el más feroz de los vengadores*». Y bondadosamente les exhorta: «*Por lo tanto, escuchad Mis palabras y volved a Dios y arrepentíos, para que Él por Su gracia tenga misericordia de vosotros, lave vuestros pecados y perdone vuestras transgresiones. La grandeza de Su misericordia sobrepasa la furia de Su ira, y Su gracia abarca a todos los que han sido creados y ataviados con el manto de la vida, sean ellos del pasado o del futuro*».

Y, finalmente, en el Lawḥ-i-Ra'ís hallamos estas proféticas palabras: «*Escucha, oh Jefe [...] la Voz de Dios, el Soberano, Quien ayuda en el Peligro, Quien subsiste por Sí mismo. [...] Tú has cometido, oh Jefe, lo que ha hecho gemir a Muḥammad, el Apóstol de Dios, en el Exaltadísimo Paraíso. El mundo te ha vuelto soberbio, a*



*tal punto que te has apartado del Rostro por Cuyo esplendor ha sido iluminado el Concurso de lo alto. Pronto te encontrarás en evidente pérdida. [...] Se aproxima el día en que la Tierra del Misterio (Adrianópolis) y lo que está junto a ella cambiará y dejará de estar en manos del Rey, y aparecerán conmociones, y se alzará la voz de la lamentación, y surgirán en todas partes las evidencias de la maldad, y se esparcirá la confusión por motivo de lo que ha sobrevenido a estos cautivos a manos de las huestes de la opresión. Será alterado el rumbo de los acontecimientos, y las condiciones se volverán tan penosas que se quejarán hasta las mismas arenas de los cerros desolados, y llorarán los árboles de la montaña, y de todas las cosas manará sangre. Entonces verás a las gentes en penosa aflicción».*

Tuvieron que transcurrir mil trescientos años desde el fallecimiento del Profeta Muḥammad para que fuera demostrada plena y públicamente la ilegitimidad de la institución del califato, cuyos fundadores habían usurpado la autoridad de los legítimos sucesores del Apóstol de Dios. Una institución que en sus comienzos había pisoteado un derecho tan sagrado y había desencadenado las fuerzas de un cisma tan penoso, una institución que, en sus últimos días, había asestado un golpe tan cruel a una Fe cuyo Precursor era Él mismo un descendiente de los propios imanes cuya autoridad esa institución había repudiado, merecía plenamente el castigo que había sellado su destino.

El texto de ciertas tradiciones de Muḥammad, cuya autenticidad reconocen los propios musulmanes, y que han sido citadas extensamente por destacados eruditos y autores bahá'ís orientales, servirá para corroborar el argumento e iluminar el tema que he tratado de exponer: *«En los últimos días una angustiosa calamidad sobrevendrá a Mi pueblo a manos de su gobernante, una calamidad que ningún hombre ha oído que haya sido jamás superada. Será tan violenta que nadie hallará refugio. [...] Dios, entonces, enviará a uno de Mis descendientes, uno proveniente de Mi familia, Quien colmará la tierra de equidad y justicia, así como había sido colmada de injusticia y tiranía».* Y nuevamente: *«Mi pueblo presenciará un día en que del islam habrá quedado tan solo el nombre, y del Corán, tan solo una mera apariencia. Los teólogos de esa época serán los más perversos que el mundo jamás haya visto. [...] El mal ha provenido de ellos y sobre ellos recaerá».* Y nuevamente: *«En esa hora Su maldición descenderá sobre*

*vosotros, y vuestra imprecación os pesará, y vuestra religión será una palabra vacía en vuestras lenguas. Y cuando estos signos aparezcan entre vosotros, aguardad el día en el que el viento rojo ardiente habrá soplado sobre vosotros, o el día en el que habréis sido desfigurados, o cuando sobre vosotros habrán llovido piedras».*

«*Oh pueblo del Corán* –afirma significativamente Bahá'u'lláh dirigiéndose a las fuerzas conjuntas del islam sunní y del islam shí'í– *ciertamente, el Profeta de Dios, Muḥammad, derrama lágrimas al contemplar vuestra crueldad. En verdad, habéis seguido vuestros malignos y corruptos deseos, y habéis apartado vuestro rostro de la luz de guía. Pronto veréis el resultado de vuestras acciones; pues el Señor, mi Dios, aguarda y vigila vuestra conducta. [...] ¡Oh concurso de teólogos musulmanes! Por vuestras acciones la sublime condición del pueblo se ha degradado, el emblema del islam ha sido invertido y ha caído su poderoso trono».*

---

## EL DETERIORO DE LAS INSTITUCIONES CRISTIANAS

---

HASTA AQUÍ LO REFERENTE al islam y los destructivos golpes que han recibido –y los que aún puedan recibir– sus líderes e instituciones en este primer siglo de la era bahá’í. Si me he detenido demasiado en este tema, si he citado, en forma desmedida, de las escrituras sagradas en apoyo de mi argumento, sólo ha sido por mi firme convicción de que estas calamidades punitivas que han recaído sobre el mayor opresor de la Fe de Bahá’u’lláh deberían figurar no sólo entre los sucesos conmovedores de esta Edad de Transición, sino como algunos de los más sorprendentes y significativos acontecimientos de la historia contemporánea.

Tanto el islam sunní como el islam shí’í, debido a las convulsiones padecidas por ellos, habían contribuido a la aceleración del proceso destructivo al que me he referido anteriormente, un proceso que, por su propia naturaleza, ha de preparar el camino para esa completa reorganización y unificación que el mundo debe alcanzar en todos los aspectos de su vida. ¿Qué decir del cristianismo y de las confesiones con las que se identifica? ¿Puede decirse que este proceso de deterioro que ha atacado la estructura de la Religión de Muḥammad no ha logrado extender su perniciosa influencia a las instituciones relacionadas con la Fe de Jesucristo? ¿Han experimentado ya estas instituciones el efecto de esas fuerzas amenazadoras? ¿Son sus cimientos tan seguros y su vitalidad tan grande como

para permitirles resistir esta embestida? ¿Serán, a su vez, presas de su violencia, a medida que se extienda y profundice la confusión de un mundo caótico? ¿Se han dispuesto ya los más ortodoxos de entre ellos y, de no ser así, se dispondrán a repeler la acometida de una Causa que, habiendo derribado las barreras de la ortodoxia musulmana, avanza ahora hacia el centro de la cristiandad, tanto en el continente europeo como el americano? ¿Sembraría esa resistencia las semillas de una mayor disensión y confusión y, por consiguiente, serviría indirectamente para precipitar el advenimiento del Día prometido?

A esos interrogantes sólo podemos responder en parte. Únicamente el tiempo puede revelar la naturaleza del papel que las instituciones directamente relacionadas con la Fe cristiana están destinadas a asumir en este Período Formativo de la era bahá'í, esta oscura época de transición que atraviesa la humanidad como un todo. Sin embargo, los sucesos que ya han acontecido son de una naturaleza tal que pueden indicar en qué dirección se mueven estas instituciones. Podemos, hasta cierto punto, evaluar el efecto probable que sobre ellas ejercerán las fuerzas que operan tanto dentro de la Fe bahá'í como fuera de ella.

El hecho de que se han desatado las fuerzas de la irreligión, de una filosofía puramente materialista, de un paganismo no disimulado, y que ahora se expanden y, al consolidarse, comienzan a invadir algunas de las más poderosas instituciones cristianas del mundo occidental es algo que ningún observador imparcial puede dejar de admitir. Sólo algunos, si es que los hubiere, de entre quienes observan atentamente el progreso de Su Fe se sentirían proclives a poner en duda que estas instituciones están tornándose cada vez más inquietas, que algunas de ellas ya se han percatado vagamente de la penetrante influencia de la Causa de Bahá'u'lláh, que, a medida que su fuerza intrínseca se deteriora y su disciplina se relaja, contemplan con desaliento cada vez mayor el surgimiento de Su Nuevo Orden Mundial, y gradualmente se decidirán a atacarlo, y que dicha oposición a su vez acelerará su decadencia.

*«La vitalidad de la fe de los hombres en Dios –ha atestiguado Bahá'u'lláh– se extingue en todos los países; nada que no sea Su saludable medicina podrá jamás restaurarla. La corrosión de la impiedad carcome las entrañas de la sociedad; ¿qué otra cosa sino el Elixir de Su potente Revelación puede limpiarla y hacerla*

*revivir?». «El mundo padece –añade– y su agitación aumenta día a día. Su rostro se ha vuelto hacia el descarrío y la incredulidad. Tal será su condición, que exponerla ahora no sería apropiado ni correcto».*

Esta amenaza de secularización que ha atacado al islam y socava las instituciones que aún le quedan, que ha invadido Persia, que ha penetrado en la India y que ha alzado su cabeza triunfante en Turquía, ya se ha manifestado tanto en Europa como en América y, en diversos grados y con diferentes formas y designaciones, desafía los cimientos de todas las religiones establecidas, y en particular a las instituciones y comunidades identificadas con la Fe de Jesucristo. No sería una exageración decir que nos adentramos en un período que los futuros historiadores considerarán como uno de los más críticos de la historia de la cristiandad.

Algunos de los protagonistas de la Religión cristiana ya admiten la gravedad de la situación a la que se enfrentan. Este es el testimonio de sus misioneros, tal como lo expresa el texto de sus informes oficiales: «Una ola de materialismo arrasa al mundo por todos lados; el impulso y la presión del industrialismo moderno, que penetran hasta las selvas del África Central y las planicies del Asia Central, hace que los hombres de todas partes dependan de las cosas materiales y estén preocupados por ellas. En su ámbito, la Iglesia ha hablado, quizá con demasiada ligereza, desde el púlpito o el estrado, sobre la amenaza de la secularización; aunque incluso en Inglaterra podemos entrever algo de su significado. Mas, para la Iglesia de ultramar, estas cosas son sombrías realidades, enemigos con los que tiene que vérselas. [...] La Iglesia tiene que enfrentarse a un nuevo peligro de un país a otro: el ataque decidido y hostil. Desde la Rusia Soviética avanza un comunismo definitivamente antirreligioso hacia Europa y Norteamérica, por el oeste, y hacia Persia, India, China y Japón, por el este. Es una teoría económica claramente aparejada con la descreencia en Dios. Es una irreligión religiosa. [...] Tiene un apasionado sentido de misión y prosigue en su campaña contraria a Dios en la base misma de la Iglesia, al tiempo que lanza su ofensiva contra su línea de frente en países no cristianos. Semejante ataque, consciente, reconocido y organizado contra la religión en general y la cristiandad en particular, es algo nuevo en la historia. En algunos países es igualmente

deliberada, en su decidida hostilidad hacia el cristianismo, otra forma de religión social y política: el nacionalismo. Pero el ataque nacionalista a la cristiandad, a diferencia del comunismo, está a menudo ligado con alguna forma de religión nacional: con el islam, en Persia y Egipto; con el budismo, en Ceilán; mientras que la lucha por los derechos comunales en la India va acompañada de un resurgimiento tanto del hinduismo como del islam».

No es necesario que haga, en relación con esto, una exposición del origen y carácter de aquellas teorías económicas y filosofías políticas del período de posguerra que, directa e indirectamente, han ejercido y aún ejercen su perniciosa influencia sobre las instituciones y las creencias relacionadas con uno de los más difundidos y mejor organizados sistemas religiosos del mundo. Mi principal interés está relacionado más con su influencia que con su origen. El excesivo crecimiento del industrialismo y los males que lo acompañan, tal como lo documenta la cita antes mencionada, las agresivas políticas iniciadas y los persistentes esfuerzos ejercidos por los inspiradores y organizadores del movimiento comunista; la intensificación de un nacionalismo militante, relacionado en ciertos países con un trabajo sistemático de difamación contra todas las formas de influencia eclesiástica, todo ello ha contribuido sin duda a la descristianización de las masas y ha sido responsable de una notable declinación de la autoridad, el prestigio y el poder de la Iglesia. Los perseguidores de la religión cristiana han proclamado insistentemente que «todo el concepto de Dios deriva de los antiguos despotismos orientales. Es un concepto totalmente indigno de los hombres libres». «La religión –ha afirmado uno de sus dirigentes– es el opio de los pueblos». «La religión – afirma el texto de sus publicaciones oficiales– es un embrutecimiento del pueblo. La educación debe dedicarse a borrar de la mente del pueblo esta humillación y esta idiotez».

La filosofía hegeliana, que en otros países y en forma de un nacionalismo intolerante y militante ha insistido en deificar al Estado, ha inculcado el espíritu bélico y ha incitado a la animosidad racial, ha conducido asimismo a un notable debilitamiento de la Iglesia y a una grave disminución de su influencia espiritual. A diferencia de la temeraria ofensiva que un movimiento declaradamente ateo ha decidido lanzar contra ella, tanto dentro de la Unión Soviética como más

allá de sus fronteras, esta filosofía nacionalista, que han defendido dirigentes y gobernantes cristianos, constituye un ataque dirigido contra la Iglesia por quienes fueron antes sus adherentes declarados, una traición a su causa de parte de sus propios parientes y amigos. Estaba siendo apuñalada desde afuera por un ateísmo extraño y militante, y desde dentro por los predicadores de una doctrina herética. Estas dos fuerzas, cada una operando en su propia esfera y empleando sus propias armas y métodos, han sido además enormemente apoyadas y alentadas por el espíritu imperante del modernismo, que hace hincapié en una filosofía puramente materialista que, a medida que se difunde, tiende cada vez más a separar la religión de la vida cotidiana del ser humano.

El efecto combinado de estas doctrinas extrañas y corruptas, estas filosofías peligrosas y traidoras, como es natural, ha sido severamente sentido por aquellos cuyos dogmas inculcaban un espíritu y un principio opuesto y absolutamente irreconciliable. Las consecuencias del choque que se produjo inevitablemente entre estos intereses contrarios fueron, en algunos casos, desastrosas, y el daño causado ha sido irreparable. La separación de la Iglesia Ortodoxa Griega del Estado en Rusia y su desmembramiento que siguieron al golpe que soportó la Iglesia de Roma como resultado del colapso de la monarquía austrohúngara; la conmoción que a continuación se apoderó de la Iglesia Católica y que condujo a su separación del Estado en España; la persecución de la misma Iglesia en México; las pesquisas, los arrestos, la intimidación y el amedrentamiento de que son objeto en el corazón de Europa católicos y luteranos por igual; el tumulto que ha envuelto a otra rama de la Iglesia como resultado de la campaña militar en África; la declinación de la suerte de las misiones cristianas, tanto anglicanas como presbiterianas, en Persia, Turquía y el Lejano Oriente; los signos siniestros que presagian serias complicaciones en las equívocas y precarias relaciones ahora existentes entre la Santa Sede y ciertas naciones del continente europeo: todos ellos destacan como los rasgos más sobresalientes de los reveses que han sufrido, en casi todas las partes del mundo, los miembros y dirigentes de las instituciones eclesiásticas cristianas.

La destrucción irreparable del carácter solidario de algunas de estas instituciones es demasiado evidente como para que lo confunda o niegue cualquier

observador inteligente. Se ensancha continuamente la brecha entre fundamentalistas y liberales en medio de sus adherentes. Sus credos y dogmas se han rebajado y, en ciertos casos, han sido desatendidos y descartados. Se va perdiendo su dominio sobre la conducta humana, y disminuye el número y la influencia del personal de sus ministerios. La timidez y la falta de sinceridad de sus predicadores han quedado en evidencia en diversos casos. Sus fundaciones han desaparecido en algunos países y ha declinado el vigor de su adiestramiento religioso. Sus templos han sido parcialmente abandonados y destruidos, y el olvido de Dios, de Sus enseñanzas y de Su Propósito los ha debilitado y colmado de humillación.

¿Podría esta tendencia desintegradora, que tanto hizo sufrir al islam sunní y al islam shí'í, cuando llegue a su clímax, desatar aún más calamidades en las diferentes confesiones cristianas? De qué manera y con cuánta rapidez se ha de desarrollar este proceso, que ya se ha iniciado, es algo que sólo el futuro podrá revelar. No es posible, por el momento, estimar hasta qué punto han de acentuar esta declinación y extender el alcance de desastres inevitables los ataques que un clero aún poderoso pueda lanzar contra las fortalezas de la Fe de Bahá'u'lláh en Occidente.

Un ministro de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos escribe: «Si el cristianismo desea y espera servir al mundo en la crisis actual, debe remontarse, a lo largo de la cristiandad, hacia Cristo, retrocediendo, a través de la milenaria religión relacionada con Jesús, a la religión original de Jesús». «*De otro modo* –agrega significativamente–, *el espíritu de Cristo vivirá en instituciones distintas de las nuestras*».

Era previsible que tan acentuada declinación de la fortaleza y la cohesión de los elementos que constituyen la sociedad cristiana haya conducido, a su vez, al surgimiento de un creciente número de oscuros cultos, de nuevos y extraños ritos, de filosofías ineficaces, cuyas sofisticadas doctrinas han intensificado la confusión de esta época turbulenta. De ellas se puede decir que en sus dogmas y objetivos reflejan y testimonian la rebelión, el descontento y las confusas aspiraciones de las masas desilusionadas que han abandonado la causa de las iglesias cristianas y han dejado de pertenecer a ellas.



Casi podría trazarse un paralelo entre estos confusos y desconcertantes sistemas de pensamiento, que son el resultado directo del desamparo y la desorientación que afectan a la Fe cristiana, y la gran variedad de sectas populares, de evasivas filosofías de moda que florecieron en los primeros siglos de la era cristiana, y que intentaron absorber y pervertir la religión oficial de aquel pueblo romano. Los adoradores paganos, que en esa época constituían el grueso de la población del Imperio Romano de Occidente, se vieron rodeados, y en ciertos casos amenazados, por la secta imperante de los neoplatónicos, por los seguidores de religiones primitivas, por los filósofos gnósticos, por el filonismo, el mitraísmo, los adeptos al culto alejandrino, y una multitud de sectas y creencias emparentadas, del mismo modo que los defensores de la Fe cristiana, la religión preponderante del mundo occidental, advierten ahora, en la primera centuria de la era bahá'í, cómo su influencia se ve socavada por un torrente de credos, prácticas y tendencias contradictorias que su propia quiebra ha ayudado a crear. Sin embargo, fue esa misma religión cristiana, que ahora se halla en tal estado de impotencia, la que al fin y al cabo demostró ser capaz de hacer desaparecer las instituciones del paganismo y de hundir y ahogar los cultos que habían florecido en esa época.

Al mismo tiempo que adquiere forma y se desenvuelve el embrionario Orden Mundial de Bahá'u'lláh, esas instituciones que se han desviado tanto del espíritu y las enseñanzas de Jesucristo deben necesariamente pasar a último plano y dar cabida al progreso de las instituciones divinamente ordenadas que se encuentran inseparablemente entretajadas con Sus enseñanzas. El Espíritu intrínseco de Dios que, en la Edad Apostólica de la Iglesia, animó a sus miembros, la prístina pureza de sus enseñanzas, la brillantez primordial de su luz, todo ello indudablemente renacerá y revivirá como consecuencia inevitable de esta redefinición de sus verdades fundamentales y la clarificación de su propósito original.

Pues la Fe de Bahá'u'lláh –si la valoramos debidamente– nunca podrá estar en desacuerdo en ningún aspecto de sus enseñanzas con el propósito que anima a la Fe de Jesucristo ni con la autoridad en ella investida, ni mucho menos oponerse

a ella. Testimonio suficiente de la verdad de este principio central de la creencia bahá'í es este apasionado tributo que Bahá'u'lláh mismo Se ha sentido inclinado a rendir al autor de la Religión cristiana: *«Has de saber que cuando el Hijo del Hombre exhaló Su último suspiro y se entregó a Dios, la creación entera lloró con gran llanto. Sin embargo, al sacrificarse, se infundió una nueva capacidad en todas las cosas creadas. Sus efectos, de los cuales dan testimonio todos los pueblos de la tierra, están manifiestos ahora ante ti. La más honda sabiduría que los sabios hayan expresado, el más profundo saber que mente alguna haya descifrado, las obras de arte que las manos más diestras hayan producido, la influencia ejercida por el más poderoso de los gobernantes, no son sino manifestaciones de la fuerza vivificadora liberada por Su resplandeciente, omnímodo y trascendente Espíritu. Atestiguamos que cuando Él vino al mundo, derramó el esplendor de Su gloria sobre todas las cosas creadas. Mediante Él, el leproso se restableció de la lepra de la perversidad y de la ignorancia. Por Él fueron curados el incasto y el descarriado. Mediante Su poder, nacido de Dios Todopoderoso, fueron abiertos los ojos del ciego, y el alma del pecador fue santificada [...] Él fue Quien purificó el mundo. Bienaventurado el hombre que, con el rostro lleno de luz, se ha vuelto hacia Él».*

---

## SIGNOS DE RUINA MORAL

---

**N**O VEO NECESIDAD DE decir nada más acerca de la declinación de instituciones religiosas cuya desintegración constituye un aspecto tan importante del Período Formativo de la era bahá'í. Tanto de resultados de la creciente ola de secularización, como a consecuencia directa de su declarada y continua hostilidad hacia la Fe de Bahá'u'lláh, el islam había caído en una profunda degradación raramente alcanzada en su historia. Asimismo, y debido a causas no enteramente diferentes de las que actuaron en el caso de su religión hermana, el cristianismo se había debilitado constantemente, y de forma progresiva estaba contribuyendo con su propio aporte al proceso de desintegración general, un proceso que debe necesariamente preceder a la reconstrucción fundamental de la sociedad humana.

Los signos de ruina moral, considerados independientemente de las evidencias de decadencia de las instituciones religiosas, parecen ser no menos notables y significativos. Puede decirse que la declinación experimentada por las instituciones islámicas y cristianas ha tenido su contraparte en la vida y conducta de las personas que las componen. En cualquier dirección que miremos, y por muy superficial que sea nuestra observación de los dichos y los hechos de la generación actual, no podemos dejar de sentirnos sacudidos por las pruebas de

decadencia moral que en su vida personal, no menos que en su forma colectiva, exhiben los hombres y las mujeres que nos rodean.

No puede caber duda de que la declinación de la religión como fuerza social, de la cual el deterioro de las instituciones religiosas es sólo un fenómeno externo, es la principal responsable de tan grave y visible mal. *«La religión –escribe Bahá'u'lláh– es el mayor de todos los medios para el establecimiento del orden en el mundo, y para la pacífica satisfacción de todos los que lo habitan. El debilitamiento de los pilares de la religión ha fortalecido las manos de los ignorantes y los ha vuelto audaces y arrogantes. Ciertamente, digo: Cuanto haya rebajado la sublime posición de la religión ha aumentado el descarrío de los perversos, y el resultado no puede ser otro que anarquía».* *«La religión –asevera Él en otra Tabla– es una luz radiante y una fortaleza inexpugnable para la protección y el bienestar de los pueblos del mundo, ya que el temor de Dios impulsa al hombre a sujetarse a lo que es bueno y a evitar todo mal. Si se oscureciera la lámpara de la religión, sobrevendría el caos y la confusión, y cesarían de brillar las luces de la equidad y la justicia, de la tranquilidad y la paz».* Y además, en otro contexto escribe: *«Has de saber que los que son verdaderamente sabios han comparado al mundo con el templo humano. Así como el cuerpo del hombre necesita una vestimenta para cubrirse, también el cuerpo de la humanidad debe ser necesariamente adornado con la vestidura de la justicia y la sabiduría. Su atavío es la Revelación que Dios le ha concedido».*

No debe sorprender, entonces, que cuando, a consecuencia de la perversidad humana, se extingue en el corazón de los hombres la luz de la religión y es deliberadamente descartado el Manto divinamente designado, destinado a adornar el templo humano, comience inmediatamente una deplorable declinación en la suerte de la humanidad, trayendo consigo todos los males que un alma descarriada es capaz de revelar. La perversión de la naturaleza humana, la degradación de la conducta humana, la corrupción y la disolución de las instituciones humanas se revelan, en tales circunstancias, en sus peores y más repugnantes aspectos. Se envilece el carácter humano, se pierde la confianza, se relajan los nervios de la disciplina, se acalla la voz de la conciencia humana, se oscurece el sentido de la decencia y de la vergüenza, se deforman los conceptos del deber, de la

solidaridad, de la reciprocidad y de la lealtad, y se extingue gradualmente el sentimiento mismo de paz, de alegría y de esperanza.

Bien podemos admitir que ése es el estado al que se aproximan individuos e instituciones por igual. Al lamentar el infortunio de una humanidad descarriada, Bahá'u'lláh ha escrito: *«No hay dos personas de quienes pueda decirse que están unidas tanto interior como exteriormente. Las señales de discordia y malevolencia son evidentes en todas partes, a pesar de que todos fueron creados para la armonía y la unión»*. En la misma Tabla, exclama: *«¿Hasta cuándo persistirá la humanidad en su descarrio? ¿Hasta cuándo continuará la injusticia? ¿Hasta cuándo reinarán el caos y la confusión entre los hombres? ¿Hasta cuándo agitará la discordia la faz de la sociedad? Los vientos de la desesperación, lamentablemente, soplan desde todas direcciones, y la contienda que divide y aflige a la raza humana crece día a día»*.

El recrudecimiento de la intolerancia religiosa, de la animosidad racial y de la arrogancia patriótica; las crecientes evidencias de egoísmo, recelo, temor y engaño; la difusión del terrorismo, la anarquía, el alcoholismo y el crimen; la sed insaciable y la búsqueda febril de vanidades, riqueza y placeres terrenales; el debilitamiento de la solidaridad familiar; el relajamiento del control de los padres; la caída a la indulgencia lujuriosa; la actitud irresponsable hacia el matrimonio y la consiguiente ola creciente de divorcios; la degeneración del arte y de la música, la contaminación de la literatura y la corrupción de la prensa; la extensión de la influencia y de las actividades de esos *«profetas de la decadencia»* que abogan por el concubinato, que predicán la filosofía del nudismo, que llaman al pudor una invención intelectual, que rehúsan considerar la procreación de los hijos como el propósito sagrado y primario del matrimonio, que denuncian a la religión como el opio de los pueblos, que, si se les diera rienda suelta, harían retroceder a la raza humana a la barbarie, al caos y a la extinción final: éstas aparecen como las características sobresalientes de una sociedad decadente, de una sociedad que debe renacer o perecer.

---

# EL COLAPSO DE LA ESTRUCTURA POLÍTICA Y ECONÓMICA

---

**P**OLÍTICAMENTE, SE PUEDE DESCUBRIR una declinación similar, una prueba no menos notable de desintegración y confusión en la época en la que vivimos, la época que un futuro historiador podrá bien reconocer como el preámbulo de la Gran Época, cuyos dorados días apenas podemos vislumbrar.

Los sucesos impetuosos y violentos, que en los años recientes han llevado casi al derrumbamiento total a la estructura política y económica de la sociedad, son bastante numerosos y complejos como para intentar, dentro de las limitaciones de esta reseña general, llegar a una adecuada estimación de su carácter. Estas tribulaciones, por dolorosas que hayan sido, no parecen haber alcanzado su clímax ni haber desplegado toda la fuerza de su poder destructivo. El mundo entero, dondequiera y comoquiera que lo examinemos, nos ofrece el triste y lastimoso espectáculo de un organismo vasto, debilitado y moribundo que se ve desgarrado políticamente y estrangulado económicamente por fuerzas a las que ha dejado de controlar o comprender. La Gran Depresión, secuela de las más severas pruebas que la humanidad ha experimentado jamás, la desintegración del sistema de Versalles, el recrudecimiento del militarismo en sus aspectos más amenazadores, el fracaso de amplias iniciativas e instituciones recién nacidas en resguardar la paz y la tranquilidad de pueblos, clases y naciones: todo ello ha desilusionado amargamente a la humanidad y ha consumido sus ánimos. Sus

esperanzas se han hecho pedazos en su mayor parte, su vitalidad decae, su vida está en extraño desorden, y su unidad, severamente comprometida.

En el continente europeo, una vez más los odios inveterados y las crecientes rivalidades alinean a sus malogrados pueblos y naciones en alianzas destinadas a precipitar las tribulaciones más horrendas e implacables que ha padecido la humanidad en todo su largo historial de martirio. En el continente norteamericano, la miseria económica, la desorganización industrial, el descontento generalizado por los fracasados experimentos destinados a reajustar una economía desequilibrada, y la agitación y el temor inspirados por la posibilidad de complicaciones políticas tanto en Europa como en Asia presagian el acercamiento de lo que bien puede llegar a ser una de las fases más críticas de la historia de la República Norteamericana. Asia, que en gran medida se encuentra sometida a una de las pruebas más severas que ha vivido en su historia reciente, se ve amenazada en sus límites orientales por el ataque de fuerzas que tratan de intensificar las luchas que finalmente habrán de engendrar el nacionalismo y la industrialización crecientes de sus razas emancipadas. En el corazón de África arde el fuego de una guerra atroz y sangrienta, guerra que, cualesquiera que sean sus resultados, está destinada a ejercer, por sus repercusiones mundiales, una influencia muy perturbadora en las razas y naciones de color de la humanidad.

Con no menos de diez millones de hombres en armas, ejercitados y adiestrados en el uso de las máquinas de destrucción más abominables que la ciencia haya concebido; con el triple de esa cifra de gentes irritadas e inquietas bajo el dominio de razas y gobiernos extranjeros; con un ejército igualmente amplio de ciudadanos amargados, imposibilitados de procurarse los bienes materiales y los objetos de primera necesidad que otros destruyen deliberadamente; con una masa aún mayor de seres humanos que sufren bajo el peso de armamentos en constante aumento, y empobrecidos por el desplome prácticamente total del comercio internacional: con males como esos, parecería que la humanidad se interna definitivamente en la periferia de la fase más angustiosa de su existencia.

Es sorprendente que en una reciente declaración hecha por uno de los más destacados ministros de Europa se haya formulado deliberadamente esta advertencia: «Si se declarase nuevamente una guerra en gran escala en Europa,

ello traería consigo el derrumbe de la civilización tal como la conocemos. En palabras del desaparecido Lord Bryce: “Si no acabáis con la guerra, la guerra acabará con vosotros”». «La pobre Europa se encuentra en estado de neurastenia –es el testimonio de una de las figuras más excepcionales entre sus actuales dictadores–. [...] Ha perdido su poder de recuperación, su fuerza vital de cohesión, de síntesis. Una guerra más nos destruiría». Uno de los dignatarios más eminentes y eruditos de la Iglesia cristiana escribe: «Tendrá que haber otro gran conflicto en Europa para que de una vez por todas se establezca definitivamente una autoridad internacional. Este conflicto será el más horrendo de todos, y posiblemente a esta generación le toque sacrificar a cientos de miles de vidas».

El desastroso fracaso de las conferencias sobre desarme y economía; los obstáculos con los que se enfrentan las negociaciones para la limitación de los armamentos navales; la renuncia a las actividades y a su condición de miembros de la Liga de la Naciones por parte de dos de las naciones más poderosas y fuertemente armadas del mundo; la ineptitud del sistema parlamentario de gobierno puesta de manifiesto en recientes acontecimientos en Europa y América; la incapacidad de los líderes y representantes del movimiento comunista para justificar el tan alardeado principio de la dictadura del proletariado; los peligros y las privaciones a los que los gobernantes de los Estados totalitarios han expuesto a sus súbditos durante los últimos años: todo ello demuestra, sin la menor sombra de duda, la impotencia de las actuales instituciones para impedir las calamidades que en forma creciente amenazan a la sociedad humana. ¿Qué otra cosa queda, se preguntará una generación perpleja, que pueda superar la brecha que se ensancha constantemente y que puede sumirla en cualquier momento?

Asediados desde todos lados por pruebas acumulativas de desintegración, de tumulto y de quiebra, los hombres y mujeres inteligentes de casi toda condición comienzan a dudar de que la sociedad, tal como está ahora organizada, logre salir, por sus propios esfuerzos, del pantano en que se hunde progresivamente. Todo sistema que no incorpore la unificación de la raza humana ha sido ensayado repetidamente y ha resultado ser deficiente. Se han librado más y más guerras, y se han sostenido innumerables conferencias deliberativas. Se han negociado, concluido y revisado con gran esmero tratados, pactos y acuerdos. Difer-



entes sistemas de gobierno han sido pacientemente probados y continuamente reestructurados y reemplazados. Un sinfín de planes económicos de reconstrucción han sido concebidos cuidadosamente y ejecutados meticulosamente. Mas las crisis han sucedido a las crisis, y se ha acelerado consecuentemente la rapidez con la que declina un mundo peligrosamente inestable. Un enorme abismo amenaza con implicar en un desastre común tanto a naciones satisfechas como insatisfechas, democracias y dictaduras, capitalistas y asalariados, europeos y asiáticos, judíos y gentiles, gente blanca y de color. Un cínico diría que una encolerizada Providencia ha abandonado a su suerte a un planeta desventurado y ha determinado su fracaso inexorable. Por demás atribulada y desilusionada, la humanidad, sin duda, ha perdido el rumbo, y parece haber perdido también la fe y la esperanza. Está suspendida, sin guía ni visión, al borde del desastre. Parece invadirle una sensación de fatalidad. Una lóbreguez cada vez más intensa se apodera de su destino a medida que deja atrás la periferia para dirigirse al centro mismo de la zona más oscura de su agitada vida.

Sin embargo, mientras las sombras crecen en intensidad, ¿no podríamos acaso afirmar que aparecen asomos de esperanza, como destellos intermitentes en el horizonte internacional, que mitigan por momentos las tinieblas que envuelven a la humanidad? ¿Sería inexacto sostener que, en un mundo de fe incierta y pensamiento perturbado, en un mundo de armamentos en continuo aumento, de inextinguibles odios y rivalidades, se distingue ya el progreso, si bien espasmódico, de las fuerzas que actúan en armonía con el espíritu de la época? Aunque el clamor suscitado por el nacionalismo de posguerra se hace más fuerte e insistente cada día, la Liga de las Naciones está aún en estado embrionario, y las tormentosas nubes en formación pueden por un tiempo eclipsar por completo sus poderes y destruir su mecanismo, con todo, la dirección en que evoluciona la institución misma es muy significativa. Las voces que se han alzado desde su inicio, los esfuerzos que se han realizado y el trabajo que ya ha cumplido prefiguran los triunfos que está destinada a alcanzar esta institución recientemente constituida o cualquier otro cuerpo que la reemplace.

---

## EL PRINCIPIO DE SEGURIDAD COLECTIVA DE BAHÁ'U'LLÁH

---

**D**ESDE EL NACIMIENTO DE la Liga, el propósito central hacia el que estos esfuerzos han tendido a converger es un Pacto general de seguridad. El Tratado de Garantía que sus miembros habían considerado y discutido en las etapas iniciales de su desarrollo, el debate sobre el Protocolo de Ginebra, cuya discusión, en un período posterior, despertó una feroz controversia entre las naciones, tanto dentro como fuera de la Liga; la posterior propuesta de constituir los Estados Unidos de Europa y de lograr la unificación económica de ese continente; y, último en orden pero no en importancia, la política de sanciones iniciada por sus miembros: todo ello puede considerarse como los hitos más significativos de su accidentada historia. Que no menos de cincuenta naciones del mundo, todas ellas integrantes de la Liga de las Naciones, tras madura deliberación, hayan reconocido y hayan sido inducidas a pronunciar su veredicto contra un acto de agresión que a su juicio ha sido cometido deliberadamente por uno de sus estados miembros, una de las más avanzadas potencias de Europa; que en su mayoría hayan acordado imponerle sanciones colectivas al agresor en condena, y que hayan logrado, en gran medida, llevar a cabo su decisión, constituye indudablemente un hecho sin paralelo en la historia humana. Por primera vez en la historia de la humanidad ha sido seriamente considerado, discutido y probado el sistema de seguridad colectiva prefigurado

por Bahá'u'lláh y dilucidado por 'Abdu'l-Bahá. Por primera vez en la historia se ha reconocido oficialmente y se ha declarado públicamente que, para que este sistema de seguridad colectiva sea establecido efectivamente, son esenciales tanto la fuerza como la flexibilidad, una fuerza que implique el empleo de un poder adecuado para asegurar la eficacia del sistema propuesto, y una flexibilidad que permita que los mecanismos concebidos satisfagan las legítimas necesidades y aspiraciones de sus defensores perjudicados. Por primera vez en la historia humana las naciones del mundo han hecho esfuerzos tentativos por asumir la responsabilidad colectiva y por complementar sus promesas verbales con una efectiva preparación para la acción colectiva. Y, nuevamente, por primera vez en la historia, un movimiento de la opinión pública ha puesto de manifiesto su apoyo al veredicto que han pronunciado los jefes y representantes de las naciones, y en garantía de una acción colectiva para el cumplimiento de esa decisión.

Cuán claras y cuán proféticas resuenan las palabras pronunciadas por Bahá'u'lláh a la luz de los recientes acontecimientos internacionales: *«Estad unidos, oh reyes de la tierra, pues así será apaciguada la tempestad de la discordia entre vosotros, y vuestros pueblos hallarán descanso, ojalá fuerais de los que comprenden. Si alguno de vosotros se levantara en armas contra otro, levantaos todos contra él, porque esto no es sino justicia manifiesta»*. *«Debe llegar el tiempo –ha escrito Él prefigurando los esfuerzos tentativos que ahora se llevan a cabo– en que se reconozca universalmente la imperativa necesidad de celebrar una reunión vasta y omnímoda de los hombres. Los gobernantes y reyes de la tierra deben necesariamente concurrir a ella y, participando en sus deliberaciones, deben considerar los medios y arbitrios para echar los cimientos de la Gran Paz mundial entre los seres humanos. [...] Si algún rey se levantara en armas contra otro, todos unidos deberán alzarse para impedirselo»*.

*«Los soberanos del mundo –escribe 'Abdu'l-Bahá desarrollando este tema– deben suscribir un tratado de obligado cumplimiento y establecer un pacto cuyas disposiciones sean firmes, inviolables y definitivas. Deben proclamarlo a todo el mundo y obtener para él la sanción de toda la raza humana. [...] Todas las fuerzas de la humanidad deben ser movilizadas para asegurar la estabilidad y*

*permanencia de esta Magna Alianza. [...] El principio fundamental que sustente a este solemne Pacto deberá ser fijado de modo tal que, si en lo sucesivo algún gobierno violare alguna de sus disposiciones, todos los gobiernos de la tierra deberán disponerse a reducirlo a completa sumisión; es más, la raza humana en su totalidad deberá adoptar la resolución, con todas las fuerzas a su alcance, destruir ese gobierno».*

No cabe duda de que cuanto ya se ha logrado, aunque es significativo y no tiene parangón en la historia de la humanidad, resulta enormemente insuficiente para cumplir los requerimientos esenciales del sistema anunciado por esas palabras. La Liga de las Naciones, observarán sus opositores, carece aún de la universalidad que es un requisito previo para lograr éxito perdurable en la eficaz resolución de las disputas internacionales. Su creador, Estados Unidos de América, la ha repudiado y se mantiene todavía distante, mientras que Alemania y Japón, que se contaban entre sus más vigorosos defensores, han abandonado su causa y han dejado de ser miembros. Las decisiones a las que ha llegado y las medidas hasta aquí adoptadas, sostendrán otros, no deberían ser consideradas más que como un gesto magnífico, antes que una prueba concluyente de solidaridad internacional. Otros más afirmarán que, aunque se haya pronunciado ese veredicto y se hayan hecho esas promesas, la acción colectiva en última instancia fallará en su propósito final, y la Liga misma perecerá y quedará sumergida en el diluvio de tribulaciones que ha de asolar a toda la raza. Sea como fuere, no se puede pasar por alto la significación de los pasos ya dados. Cualquiera que sea el estado actual de la Liga o el resultado de su histórico veredicto, cualesquiera que sean las tribulaciones y contratiempos que en el futuro inmediato tenga que enfrentar y soportar, debe reconocerse el hecho de que una decisión tan importante señala uno de los hitos más distintivos del largo y arduo camino que la ha de conducir a su meta, la etapa en que la unicidad del conjunto entero de naciones se convertirá en el principio rector de la vida internacional.

Sin embargo, este histórico paso no es más que una tenue luz en medio de las tinieblas que envuelven a una humanidad trastornada. Bien puede llegar a ser nada más que un mero destello, un fulgor fugaz en medio de una confusión cada

vez más profunda. El proceso de desintegración debe continuar inexorablemente, y su corrosiva influencia debe penetrar más y más profundamente en el núcleo mismo de una época en desintegración. Mucho sufrimiento se requiere todavía antes de que las naciones, los credos, las clases y las razas contrarias de la humanidad se fundan en el crisol de la aflicción universal, y sean transformados por los fuegos de una feroz prueba en una mancomunidad orgánica, un sistema vasto y unificado que funcione armoniosamente. Adversidades inimaginablemente aterradoras, crisis y cataclismos, guerra, hambre y pestes jamás pensadas: todo ello bien podría combinarse para grabar en el alma de una generación desatenta aquellas verdades y principios que ha desdeñado reconocer y observar. Una parálisis más dolorosa que cualquiera de las que haya experimentado debe avanzar cautelosamente y afectar aún más a la estructura de una sociedad quebrantada, antes de que pueda ser reconstruida y regenerada.

*«La civilización –escribe Bahá'u'lláh– tan a menudo preconizada por los doctos representantes de las artes y ciencias, traerá, si se le permite rebasar los límites de la moderación, gran daño a los hombres. [...] Si es llevada a exceso, la civilización resultará ser una fuente tan prolífica de mal como lo fue de bien cuando era mantenida dentro de las restricciones de la moderación. [...] Se aproxima el día en que su llama devorará las ciudades, en que la Lengua de Grandeza proclamará: “¡El Reino es de Dios, el Todopoderoso, el Alabado!”».* Además, Él explica: *«Desde que fue revelada la Súriy-i-Ra'ís (Tabla a Ra'ís) hasta el presente día, ni el mundo se ha apaciguado, ni los corazones de sus pueblos han tenido descanso. [...] Su dolencia se aproxima a la etapa de total desesperanza, por cuanto se impide al verdadero Médico administrar el remedio, mientras se mira con aprobación a practicantes incompetentes y se les otorga completa libertad para actuar. [...] El polvo de la sedición ha nublado los corazones de los hombres y ha cegado sus ojos. Dentro de poco comprenderán las consecuencias de lo que sus manos han hecho en el Día de Dios».* «Este es el Día –ha escrito Él además– en que la tierra dará a conocer sus nuevas. Los obradores de iniquidad son su carga. [...] El Pregonero ha llamado, y los hombres han sido desarraigados; tan grande ha sido la furia de Su ira. La gente de la siniestra suspira y se lamenta. La gente de la

*diestra mora en nobles habitaciones; beben de las manos del Todomisericordioso el Vino que es en verdad la vida, y son, ciertamente, los dichosos».*

---

# LA COMUNIDAD DEL MÁS GRANDE NOMBRE

---

¿QUÉ OTROS PUEDEN SER los bienaventurados, sino la comunidad del Más Grande Nombre, cuyas actividades que abarcan el mundo y se hallan en continua consolidación constituyen el único proceso integrador de un mundo cuyas instituciones, tanto seculares como religiosas, están en su mayor parte en un proceso de disolución? Ellos son realmente «*las gentes de la diestra*», cuya «*noble habitación*» se asienta en los cimientos del Orden Mundial de Bahá'u'lláh, el Arca de salvación eterna en este muy aflictivo Día. De todos los linajes de la tierra solamente ellos pueden reconocer, en medio del tumulto de una época tempestuosa, la Mano del Divino Redentor que le fija el rumbo y controla su destino. Sólo ellos están al tanto del silencioso crecimiento de aquella ordenada forma de gobierno mundial cuya estructura ellos mismos están construyendo.

Conscientes de su alta vocación, confiados en el poder que su Fe posee para edificar la sociedad, avanzan, inmutables y sin desmayar, desplegando sus esfuerzos por conformar y perfeccionar los instrumentos necesarios con que puede madurar y desarrollarse el embrionario Orden Mundial de Bahá'u'lláh. Este proceso constructivo, lento y discreto, al cual está consagrada por entero la vida de la Comunidad Bahá'í mundial, constituye la única esperanza de una sociedad afligida. Pues este proceso radica en la influencia generatriz del inmutable

Propósito de Dios y evoluciona dentro del marco del Orden Administrativo de Su Fe.

En un mundo en el que la estructura de sus instituciones políticas y sociales está deteriorada, cuya visión está empañada, cuya conciencia está perpleja, cuyos sistemas religiosos se han extenuado y han perdido su virtud, este Organismo curativo, este Poder fermentador, esta Fuerza conglomerante, intensamente viva y penetrante, ha tomado forma, cristaliza en instituciones, moviliza sus fuerzas y se prepara para la conquista espiritual y la completa redención de la humanidad. Aunque la sociedad que encarna sus ideales sea pequeña y sus beneficios directos y tangibles sean aún insignificantes, son incalculables las potencialidades con que ha sido dotada y por las cuales está destinada a regenerar a los individuos y reconstruir un mundo quebrantado.

Durante casi un siglo, en medio del ruido y el tumulto de una época trastornada y a pesar de las incesantes persecuciones a que han sido sometidos sus conductores, instituciones y seguidores, ha logrado conservar su identidad, reforzar su estabilidad y resistencia, mantener su unidad orgánica, preservar la integridad de sus leyes y sus principios, levantar sus defensas y extender y consolidar sus instituciones. Múltiples y poderosas han sido las fuerzas que, tanto de dentro como de fuera, en tierras lejanas y cercanas, han tramado extinguir su luz y abolir su santo nombre. Algunos han renegado de sus principios y han traicionado ignominiosamente su causa. Otros le han arrojado las condenas más feroces que pueden pronunciar los resentidos jefes de institución eclesiástica alguna. Y otros más la han colmado de las aflicciones y humillaciones que sólo una autoridad soberana, en la plenitud de su poder, puede infligir.

Lo máximo que sus enemigos declarados y secretos podían tener la esperanza de alcanzar era retardar su crecimiento y hacer confuso su propósito temporalmente. Lo que en realidad lograron fue limpiar y purificar su vida, animarla a alcanzar una mayor profundidad, a galvanizar su alma, a depurar sus instituciones y a consolidar su unidad. Nunca pudieron crear un cisma, una división permanente en el vasto cuerpo de sus adherentes.

Quienes traicionaron su causa, sus sostenedores tibios y débiles, se marchitaron y cayeron como hojas muertas, incapaces de empañar su brillo o de poner



en peligro su estructura. Sus adversarios más implacables, que la atacaron desde afuera, fueron desalojados del poder y encontraron su ruina de la manera más asombrosa. Persia había sido la primera en reprimirla y oponérsele. Sus monarcas habían caído miserablemente, su dinastía se había desplomado, su nombre era execrado, y había quedado completamente desacreditada la jerarquía que había sido su aliada y que había apuntalado su Estado en declinación. Turquía, que había desterrado tres veces a su Fundador y Le había infligido un cruel encarcelamiento a perpetuidad, había atravesado una de las más severas pruebas y revoluciones de mayor trascendencia que recuerda su historia; tras haber sido uno de los imperios más poderosos, había quedado reducida a una minúscula república asiática, con su sultanato anulado, su dinastía derrocada, y abolido su califato, la más grande institución del islam.

Entretanto, la Fe que había sido el objeto de traiciones tan monstruosas y el blanco de tan horribles ataques se hacía cada vez más fuerte, avanzaba impertérrita e indivisa a pesar de las heridas que había recibido. En medio de las tribulaciones había inspirado a sus leales seguidores una resolución que ningún obstáculo, por formidable que fuera, podía socavar. Había encendido en sus corazones una fe que ningún infortunio, por tétrico que fuera, podía extinguir. Había infundido en sus corazones una esperanza que ninguna fuerza, por decidida que fuera, podía quebrantar.

---

# UNA RELIGIÓN MUNDIAL

---

**A**L DEJAR DE REFERIRSE a sí misma como un movimiento, una asociación y otras designaciones similares, las cuales suponían una grave injusticia para su sistema en constante desenvolvimiento, al apartarse de denominaciones tales como secta bábí, culto asiático y vástago del islam shí'í, con las que los ignorantes y los malévolos solían describirla, al rehusar ser tildada como una mera filosofía de vida, o como un código ecléctico de conducta ética o aun como una nueva religión, la Fe de Bahá'u'lláh ya logra demostrar visiblemente su derecho y título de ser considerada como una religión mundial, destinada a alcanzar, a su debido tiempo, la condición de una Mancomunidad mundial que ha de abarcar el mundo, la cual será a la vez el instrumento y el guardián de la Más Grande Paz anunciada por su Autor. Lejos de querer aumentar el número de los sistemas religiosos, cuyas lealtades antagónicas han alterado la paz de la humanidad durante tantas generaciones, esta Fe inculca en cada uno de sus adherentes un nuevo amor por las distintas religiones representadas en su ámbito y una genuina valoración de su unidad fundamental.

«Es como un amplio abrazo –es el testimonio dado por un miembro de la realeza a su proclama y posición– que une a todos aquellos que han buscado largamente palabras de esperanza. Acepta a todos los grandes Profetas del pasado, no destruye ningún otro credo y deja abiertas todas las puertas». «La enseñanza bahá'í –escribe además– trae paz al alma y esperanza al corazón.

Para quienes buscan seguridad, las palabras del Padre son como una fuente en el desierto tras un largo deambular». «Sus escrituras –ha atestiguado en otra declaración referente a Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá– son un gran clamor en aras de la paz, que traspasa todos los límites y fronteras y está por encima de todas las discordias sobre ritos y dogmas. [...] Es un mensaje maravilloso que nos han dado Bahá'u'lláh y Su hijo 'Abdu'l-Bahá. No lo han presentado agresivamente, sabiendo que el germen de eterna verdad que hay en su núcleo no puede menos que echar raíces y extenderse». «Si encontráis alguna vez el nombre de Bahá'u'lláh o de 'Abdu'l-Bahá –es su ruego final– no hagáis a un lado sus obras. Buscad sus Libros y dejad que sus gloriosas palabras y lecciones, portadoras de paz y creadoras de amor, penetren en vuestros corazones como lo han hecho en el mío».

La Fe de Bahá'u'lláh ha asimilado, en virtud de sus energías creativas, reguladoras y ennoblecedoras, a las diversas razas, nacionalidades, credos y clases que han buscado su amparo y que han jurado fidelidad inmutable a su causa. Ha cambiado los corazones de sus seguidores, ha disipado sus prejuicios, ha aquietado sus pasiones, ha enaltecido sus conceptos, ha ennoblecido sus motivos, ha coordinado sus esfuerzos y ha transformado su manera de pensar. A la vez que preserva su patriotismo y mantiene sus lealtades secundarias, los ha convertido en amantes de la humanidad y en decididos defensores de sus mejores y más legítimos intereses. A la vez que mantiene intacta su creencia en el origen divino de sus respectivas religiones, les ha permitido hacerse una idea del propósito fundamental de esas religiones, descubrir sus méritos, reconocer su secuencia, interdependencia, integridad y unidad, y reconocer el nexo que las une vitalmente a ella. Este amor universal y trascendente que los seguidores de la Fe bahá'í sienten por sus semejantes, sean de cualquier raza, credo, clase o nación, no es misterioso ni de él puede decirse que haya sido estimulado artificialmente. Es, al mismo tiempo, espontáneo y genuino. Quienes tienen su corazón encendido por la energética influencia del amor creativo de Dios aprecian a sus criaturas por amor a Él y reconocen en todo rostro humano un signo que refleja Su gloria.

De tales hombres y mujeres puede decirse de verdad que para ellos «cada país extranjero es una patria, y toda patria, un país extranjero». Puesto que su ciudadanía, debemos recordarlo, está en el Reino de Bahá'u'lláh. Aunque dispuestos a compartir al máximo los beneficios temporales y las fugaces alegrías que esta vida terrenal puede conferir, aunque ansiosos de participar en cualquier actividad que conduzca a la riqueza, la felicidad y la paz de esa vida, en ningún momento olvidan que no constituye más que una etapa transitoria y muy breve de su existencia, que quienes la viven no son sino peregrinos y viajeros cuya meta es la Ciudad Celestial, y cuyo hogar, el País de la felicidad y el esplendor permanentes.

Aunque leales a Sus respectivos gobiernos, aunque profundamente interesados en cuanto afecte a su seguridad y bienestar, aunque ansiosos por participar en todo aquello que promueva sus mejores intereses, la Fe con la que los seguidores de Bahá'u'lláh están identificados, lo creen firmemente, es algo que Dios ha elevado muy por encima de las tempestades, las divisiones y las controversias del campo político. Conciben su Fe como esencialmente apolítica, de carácter supranacional, estrictamente no partidista y enteramente dissociada de ambiciones, fines y propósitos nacionalistas. Esta Fe no conoce división de clase ni de partido. Subordina, sin vacilación ni equívoco, todo interés particular, ya sea personal, regional o nacional, a los supremos intereses de la humanidad, firmemente convencida de que, en un mundo de pueblos y naciones interdependientes, la conveniencia de una parte se logra mejor por la conveniencia del todo, y que no puede otorgarse beneficio permanente alguno a las partes componentes si se pasan por alto o se desatienden los intereses generales de la propia entidad.

No debe sorprendemos que la Pluma de Bahá'u'lláh, previendo el estado actual de la humanidad, haya revelado estas significativas palabras: «*No debe enaltecerse quien ama a su patria, sino quien ama al mundo entero. La tierra es un solo país y la humanidad, sus ciudadanos*». Y además: «*Es de hecho un hombre quien hoy se dedica al servicio de toda la raza humana*». «*Mediante el poder liberado por estas excelsas palabras* –explica– *Él ha dado un nuevo impulso y ha*

*fijado una nueva dirección al ave del corazón humano, y ha borrado toda huella de restricción y limitación del Santo Libro de Dios».*

Su Fe –creen firmemente los bahá'ís– es además no confesional, no sectaria y está completamente separada de todo sistema eclesiástico, cualquiera que sea su forma, origen o actividades. No se puede decir que haya organización eclesiástica alguna, con sus credos, sus tradiciones, sus limitaciones y su mentalidad exclusivista (como es el caso de todas las facciones, partidos, sistemas y programas políticos), que concuerde, en todos sus aspectos, con los principios cardinales de la creencia bahá'í. Todo seguidor concienzudo de la Fe de Bahá'u'lláh podrá adherirse sin duda a algunos de los principios e ideales que animan a las instituciones políticas y eclesiásticas.

Sin embargo, no podrá identificarse con ninguna de esas instituciones, ni podrá apoyar sin reservas los credos, principios y programas en los que se basan. Además, debe tenerse en cuenta lo siguiente: ¿Cómo podría una Fe, cuyas instituciones divinamente ordenadas han sido establecidas dentro de la jurisdicción de no menos de cuarenta países, las políticas e intereses de cuyos gobiernos chocan continuamente y se vuelven más complejos y confusos cada día, cómo podría esa Fe conseguir preservar la integridad de sus enseñanzas y resguardar la unidad de sus seguidores si les permitiera, individualmente o mediante sus consejos organizados, entrometerse en actividades políticas? ¿Cómo podría asegurar el desarrollo vigoroso, ininterrumpido y pacífico de sus instituciones en expansión? ¿Cómo podría una Fe, cuyas ramificaciones la han puesto en contacto con sistemas, sectas y credos religiosos mutuamente incompatibles, estar en condiciones de exigir lealtad incondicional a quienes trata de incorporar a su sistema divinamente ordenado, si permitiera que sus seguidores estuviesen de acuerdo con ceremonias y doctrinas obsoletas? ¿Cómo podría evitar la constante fricción, los malentendidos y las controversias que la afiliación formal, a diferencia de la asociación, debe inevitablemente generar?

Los sostenedores de la Causa de Bahá'u'lláh, a medida que su Orden Administrativo se expande y consolida, se sienten obligados a defender y aplicar atentamente estos principios rectores y normativos de la creencia bahá'í. Las

exigencias de una Fe en lenta cristalización les imponen un deber que ellos no pueden evitar y una responsabilidad que no pueden eludir.

Tampoco dejan de tener presente la imperativa necesidad de defender y ejecutar las leyes ordenadas por Bahá'u'lláh, a diferencia de los principios, todos los cuales constituyen la base fundamental de las instituciones sobre las que ha de apoyarse finalmente la estructura de Su Orden Mundial. Para demostrar su utilidad y eficacia, para llevarlas a cabo y aplicarlas, para proteger su integridad, para comprender sus implicaciones y para facilitar su propagación, las comunidades bahá'ís del Oriente, y recientemente del Occidente, están dispuestas, si fuere necesario, a hacer todos los sacrificios requeridos. Tal vez no esté lejano el día en que, en ciertos países del Oriente donde las comunidades religiosas tienen jurisdicción en cuestiones de índole personal, las Asambleas Bahá'ís sean llamadas a asumir los deberes que recaigan sobre tribunales bahá'ís oficialmente constituidos. Serán competentes, en cuestiones tales como matrimonio, divorcio y herencia, para ejecutar y aplicar, en sus respectivas jurisdicciones y con la sanción de las autoridades civiles, las leyes y disposiciones que han sido expresamente estipuladas en su Libro Más Sagrado.

La Fe de Bahá'u'lláh, junto con estas tendencias y actividades que su evolución revela ahora, ha demostrado, en otras esferas y por doquiera que ha penetrado el esplendor de su luz, la fuerza de su poder de cohesión, de su potencia integradora, de su invencible espíritu. En la edificación y consagración de su Casa de Adoración en pleno continente norteamericano; en la construcción y multiplicación de sus centros administrativos en su país de origen y en países vecinos; en la elaboración de los instrumentos legales concebidos para proteger y reglamentar la vida colectiva de sus instituciones; en la acumulación de recursos suficientes, tanto materiales como culturales, en todos los continentes del globo; en el patrimonio con que se ha dotado en los alrededores inmediatos de sus Santuarios en su centro mundial; en los esfuerzos que se realizan para la recopilación, verificación y sistematización de las escrituras de sus Fundadores; en las medidas que se adoptan para la adquisición de lugares históricos relacionados con las vidas de su Precursor y su Autor, sus héroes y sus mártires; en los cimientos que se echan para la gradual formación y el establecimiento de sus

instituciones educativas, culturales y humanitarias; en los vigorosos esfuerzos que se hacen por resguardar el carácter, estimular la iniciativa y coordinar las actividades mundiales de sus jóvenes; en la extraordinaria vitalidad con que sus valientes defensores, sus representantes electos, sus maestros viajeros y sus pioneros administradores abogan por su causa, extendiendo sus límites, enriqueciendo su literatura y fortaleciendo la base de sus conquistas y triunfos espirituales; en el reconocimiento que, en ciertos casos, las autoridades civiles se han visto inducidas a otorgar al conjunto de sus representantes locales y nacionales, permitiéndoles obtener personería jurídica para sus asambleas, establecer sus instituciones subsidiarias y proteger sus patrimonios; en las facilidades que esas mismas autoridades han accedido a conceder a sus santuarios, sus edificios consagrados y sus instituciones educativas; en el entusiasmo y determinación con que ciertas comunidades que habían sido severamente puestas a prueba y hostigadas reanudan sus actividades; en los espontáneos tributos ofrecidos por reyes, príncipes, estadistas y eruditos a la sublimidad de su causa y la posición de sus Fundadores: en éstos, como en muchos otros aspectos, la Fe de Bahá'u'lláh demuestra, sin lugar a dudas, su vigor y capacidad para contrarrestar las influencias desintegradoras de las cuales son objeto los sistemas religiosos, los preceptos morales y las instituciones políticas y sociales.

Desde Islandia a Tasmania, desde Vancouver al Mar de la China, se difunde el resplandor y se extienden las ramificaciones de este Sistema que envuelve al mundo, de esta Fraternidad multicolor y firmemente entrelazada, infundiendo en todo hombre y mujer que ha ganado para su causa una fe, una esperanza y un vigor que una generación descarriada ha perdido hace mucho tiempo y es incapaz de recuperar. Quienes dirigen el destino inmediato de este mundo agitado, quienes son responsables de su caótica condición, sus temores, sus dudas, su miseria, debieran, en su perplejidad, dirigir la mirada y meditar en sus corazones sobre las evidencias de esta gracia salvadora que el Todopoderoso pone a su alcance, una gracia que puede aliviarles la carga, resolver sus perplejidades e iluminar su camino.

---

# EL CASTIGO DIVINO

---

LA HUMANIDAD TODA ESTÁ gimiendo, ansiosa de ser conducida a la unidad y de terminar con su martirio milenario. Y, sin embargo, se resiste tenazmente a abrazar la luz y a reconocer la soberana autoridad del único Poder que es capaz de arrancarla de sus complicaciones y conjurar la funesta calamidad que amenaza con engullirla.

Es realmente inquietante la voz de Bahá'u'lláh que resuena con estas proféticas palabras: «¡Oh vosotros, pueblos del mundo! Sabed que, en verdad, una calamidad imprevista os sigue, y os espera un doloroso castigo. No penséis que las acciones que habéis cometido han sido ocultas a Mi vista». Y de nuevo: «Hemos fijado un plazo para vosotros, oh pueblos. Si a la hora señalada no os volvéis hacia Dios, Él en verdad os asirá violentamente y hará que penosas aflicciones os acosen por todos lados ¡Cuán severo es, en verdad, el castigo con que entonces os castigará vuestro Señor!».

A pesar de lo atormentada que está ya la humanidad, debe ser afligida por tribulaciones aún más severas, antes de que su influencia purificadora pueda prepararla para entrar en el Reino celestial destinado a establecerse sobre la tierra. La inauguración de tan vasta, tan singular, tan luminosa era en la historia humana debe ser anunciada por una catástrofe tan grande en los asuntos humanos que recuerde, o incluso sobrepase, al espantoso colapso de la civilización romana en las primeras centurias de la era cristiana ¿Debe una serie de profundas



convulsiones agitar y estremecer a la raza humana antes de que Bahá'u'lláh sea entronizado en los corazones y las conciencias de las masas, antes de que Su indiscutido ascendiente sea reconocido universalmente y sea erigida y establecida la noble estructura de su Orden Mundial?

Atrás han quedado los largos períodos de infancia y niñez por los cuales ha pasado la raza humana. La humanidad experimenta ahora las conmociones invariablemente relacionadas con la etapa más turbulenta de su evolución, la etapa de la adolescencia, cuando la impetuosidad de la juventud y su vehemencia alcanzan su clímax, y deben ser gradualmente reemplazadas por la calma, la prudencia y la madurez que caracterizan a la edad adulta. Entonces la raza humana alcanzará ese grado de madurez que le permitirá adquirir todos los poderes y capacidades de las cuales ha de depender su desarrollo final.

---

# LA UNIDAD MUNDIAL ES LA META

---

LA UNIFICACIÓN DE TODA la humanidad es el distintivo de la etapa hacia la cual se aproxima ahora la sociedad. La unidad de la familia, de la tribu, de la ciudad estado y de la nación han sido intentadas sucesivamente y establecidas por completo. La unidad mundial es la meta que una humanidad hostigada se empeña por lograr. La construcción de las naciones ha llegado a su fin. La anarquía inherente a la soberanía del Estado se acerca a su clímax. Un mundo que crece hacia la madurez debe abandonar este fetiche, reconocer la unicidad y la integridad de las relaciones humanas y establecer, de una vez por todas, el mecanismo que mejor pueda encarnar este principio fundamental de su vida.

*«Una nueva vida –proclama Bahá'u'lláh– se agita, en esta época, dentro de todos los pueblos de la tierra; y, sin embargo, nadie ha descubierto su causa ni comprendido su motivo». «¡Oh hijos de los hombres! –se dirige así a Su generación–. El propósito fundamental que anima a la Fe de Dios y a Su Religión es proteger los intereses de la raza humana, promover su unidad. [...] Este es el camino recto, el cimiento fijo e inamovible. Los cambios y azares del mundo nunca podrán menoscabar la resistencia de todo lo que sea erigido sobre este cimiento, ni el transcurso de incontables siglos podrá socavar su estructura». «El bienestar de la humanidad –declara– su paz y seguridad son inalcanzables, a menos que su unidad sea firmemente establecida».*

*«Tan potente es la luz de la unidad –atestigua además– que puede iluminar toda la tierra. El único Dios verdadero, Quien conoce todas las cosas, atestigua Él mismo la verdad de estas palabras. [...] Esta meta supera todas las demás metas, y esta aspiración es la soberana de todas las aspiraciones». «Aquel que es vuestro Señor, el Todomisericordioso –ha escrito Él además–, abriga en su corazón el deseo de ver a toda la raza humana como una sola alma y un solo cuerpo. Apresuraos a ganar vuestra porción de la bondadosa gracia y misericordia de Dios en este Día que eclipsa a todos los otros Días creados».*

La unidad de la raza humana, tal como es concebida por Bahá'u'lláh, implica el establecimiento de una mancomunidad mundial en la que todas las naciones, razas, creencias y clases estén estrecha y permanentemente unidas, y en la que la autonomía de sus Estados miembros y la libertad personal y la iniciativa de los individuos que la componen estén definitiva y completamente resguardadas. Esa mancomunidad, en la medida en que podemos visualizarla, debe estar constituida por un cuerpo legislativo mundial cuyos miembros, en calidad de representantes de toda la humanidad, controlarán en última instancia la totalidad de los recursos de todas las naciones integrantes, y promulgarán las leyes que fueren requeridas para reglamentar la vida, satisfacer las necesidades y ajustar las relaciones de todas las razas y pueblos.

Un poder ejecutivo mundial, respaldado por una fuerza internacional, llevará a cabo las decisiones a que haya llegado ese cuerpo legislativo mundial, y aplicará las leyes dictadas por éste, y protegerá la unidad orgánica de toda la mancomunidad. Un tribunal mundial fallará y formulará su veredicto obligatorio y final en todas las disputas que surjan entre los diversos elementos constituyentes de este sistema universal. Se ideará un mecanismo de intercomunicación mundial que abarque al planeta entero, libre de trabas y restricciones nacionales, y que funcione con maravillosa rapidez y perfecta regularidad. Una metrópolis mundial actuará como el centro nervioso de una civilización mundial, el foco hacia el que convergerán las fuerzas unificadoras de la vida, y desde el que se difundirán sus influencias dinamizadoras. Un idioma mundial será inventado o seleccionado de entre los idiomas existentes, y será enseñado en las escuelas de todas las naciones federadas como auxiliar del idioma materno. Una escritura

mundial, una literatura mundial, un sistema monetario y de pesas y medidas uniforme y universal simplificarán y facilitarán el intercambio y el entendimiento entre las naciones y razas de la humanidad.

En semejante sociedad mundial, la ciencia y la religión, las dos fuerzas más potentes de la vida humana, se reconciliarán, cooperarán y se desarrollarán armoniosamente. La prensa, bajo tal sistema, en tanto que dará plena libertad a la expresión de los variados puntos de vista y convicciones de la humanidad, cesará de estar maliciosamente manipulada por intereses creados, ya sean privados o públicos, y será liberada de la influencia de gobiernos y pueblos en pugna. Los recursos económicos del mundo serán organizados, sus fuentes de materias primas serán explotadas y plenamente utilizadas, sus mercados serán coordinados y desarrollados, y será equitativamente regulada la distribución de sus productos.

Cesarán las rivalidades, odios e intrigas nacionales, y la animosidad y el prejuicio raciales serán reemplazados por la amistad, el entendimiento y la cooperación entre las razas. Las causas de la contienda religiosa serán eliminadas permanentemente, las barreras y restricciones económicas serán completamente abolidas y será suprimida la excesiva distinción entre clases. Por un lado, desaparecerá la indigencia y, por otro, la acumulación excesiva de bienes. La enorme energía disipada y desperdiciada en la guerra, ya sea económica o política, será consagrada a aquellos fines que extiendan el alcance de las invenciones humanas y del desarrollo tecnológico, al aumento de la productividad de la humanidad, al exterminio de las enfermedades, a la extensión de la investigación científica, a la elevación del nivel de salud física, a la agudización y refinamiento del cerebro humano, a la explotación de los recursos no utilizados e insospechados del planeta, a la prolongación de la vida humana y al fomento de todo organismo que estimule la vida intelectual, moral y espiritual de toda la raza humana.

Un sistema mundial federado que gobierne toda la tierra y ejerza incuestionable autoridad sobre sus inimaginablemente vastos recursos, que combine y encarne los ideales tanto de Oriente como de Occidente, liberado de la maldición de la guerra y sus miserias, y dedicado a la explotación de todas las fuentes de energía disponibles en la superficie del planeta, un sistema en el que la Fuerza

se ponga al servicio de la Justicia, cuya vida sea sostenida por el reconocimiento universal de un Dios único y por su lealtad a una Revelación común, tal es la meta hacia la cual avanza la humanidad, impelida por las fuerzas unificadoras de la vida.

*«Uno de los grandes acontecimientos –afirma ‘Abdu’l-Bahá– que ha de ocurrir en el Día de la manifestación de esa Rama Incomparable, es el izamiento del Estandarte de Dios en medio de todas las naciones. Con esto se quiere decir que todas las naciones y linajes serán reunidos a la sombra de esa Bandera Divina, que no es sino la misma Rama Señorial, y se convertirán en una sola nación. Se eliminará el antagonismo religioso y sectario, la hostilidad entre razas y pueblos, y las diferencias entre las naciones. Todos los hombres se adherirán a una sola religión, tendrán una misma fe, serán amalgamados en una sola raza y llegarán a ser un único pueblo. Todos habitarán una sola patria común, la cual es el planeta mismo».*

*«Ahora bien, en el mundo de la existencia –ha explicado además– la Mano del poder divino ha sentado firmemente los cimientos de esta sublime merced y esta maravillosa dádiva. Todo cuanto está latente en lo más íntimo de este santo Ciclo gradualmente aparecerá y será puesto de manifiesto, pues ahora es sólo el comienzo de su crecimiento y la aurora de la revelación de sus signos. Antes del fin de este siglo y de esta época, se hará claro y evidente cuán maravillosa fue esa primavera, y cuán celestial esa dádiva».*

No menos fascinante es la visión de Isaías, el más grande de los Profetas hebreos, quien predijo, hace tanto como dos mil quinientos años, el destino que la humanidad ha de alcanzar en su etapa de madurez: *«Y (el Señor) juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y de sus espadas forjarán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces; no alzará ya espada nación contra nación, ni aprenderán más la guerra. [...] Y saldrá un retoño del tronco de Isai y de sus raíces brotará una Rama. [...] Y herirá a la tierra con la vara de su boca, y con el aliento de sus labios matará al impío, y será la justicia cinturón de sus lomos, y la fidelidad ceñirá sus flancos. Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará junto al cabrito; el becerro y el león y la oveja andarán juntos. [...] Y el niño de pecho jugará junto al agujero del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la madriguera*

*del basilisco. No dañarán ni destruirán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar».*

El autor del Apocalipsis, prefigurando la gloria milenaria que ha de presenciar una humanidad redimida y jubilosa, ha atestiguado similarmente: *«Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado, y el mar no existía más. Y yo, Juan, vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo de parte de Dios, ataviada como una novia que se engalana para su esposo. Y oí una gran voz desde el cielo que decía: “He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y Él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos, y será su Dios. Y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas son pasadas”».*

¿Quién puede dudar de que tal consumación –la llegada a la mayoría de edad de la raza humana– ha de señalar, a su vez, la inauguración de una civilización mundial como ningún ojo mortal jamás ha visto ni la mente humana ha concebido? ¿Quién puede imaginar el excelso rango que tal civilización, a medida que se desarrolle, está destinada a alcanzar? ¿Quién puede calcular las alturas a las que ha de remontarse la inteligencia humana, librada de sus trabas? ¿Quién puede prever los dominios que descubrirá el espíritu humano, vitalizado por la efusión de luz de Bahá'u'lláh, que brilla en la plenitud de su gloria?

¿Qué conclusión más adecuada a este tema que estas palabras de Bahá'u'lláh, escritas en previsión de la edad de oro de Su Fe, la edad en que la faz de la tierra, de polo a polo, ha de reflejar el inefable esplendor del Paraíso de Abhá?: *«Éste es el Día en que nada se ve excepto los esplendores de la Luz que brilla en el rostro de Tu Señor, el Munífico, el Más Generoso. Verdaderamente, hemos hecho expirar a cada alma en virtud de Nuestra irresistible soberanía que todo lo sojuzga. Luego, hemos hecho surgir una nueva creación, como señal de Nuestra gracia para con la humanidad. Soy, en verdad, el Todogeneroso, el Anciano de Días. Éste es el Día en que el mundo invisible clama: “Grande es tu bienaventuranza, oh tierra, porque te has constituido en el escabel de tu Dios y has sido escogida como la sede de Su poderoso trono”. El dominio de la gloria exclama: “Ojalá pudiera sacrificar mi vida por ti, porque Aquel que es el Bienamado del Todomisericordioso ha*

*establecido sobre ti Su soberanía, mediante la fuerza de Su Nombre que ha sido prometido a todas las cosas, tanto del pasado como del futuro”».*

Shoghi

Haifa, Palestina

11 de marzo de 1936